

Vr vida religiosa

Abril 2022-número 4 vol.133

Como «uno más»

T. Kchik: El estrés de adivinar qué ciudad ha sido golpeada durante la noche

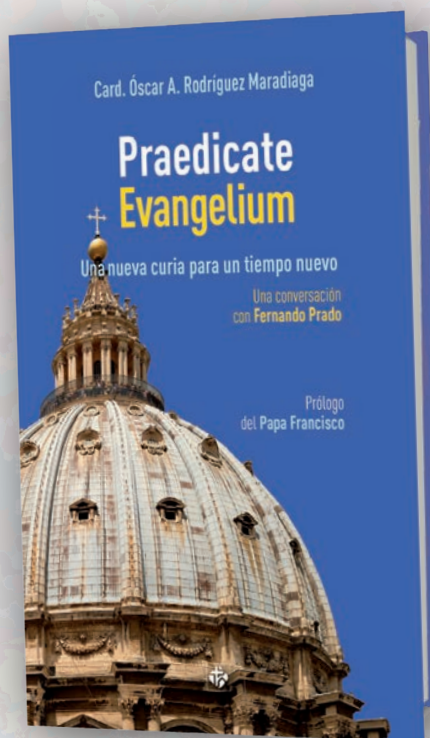
Conciencias que hacen posible el cambio



NOVEDADES

A la venta en librerías a partir del **23 de abril.**

¡Reserve ya sus ejemplares en la web de la editorial!



«PRAEDICATE EVANGELIUM»

UNA NUEVA CURIA

PARA UN TIEMPO NUEVO

UNA CONVERSACIÓN CON FERNANDO PRADO

PRÓLOGO DEL PAPA FRANCISCO

CARD. ÓSCAR R. MARADIAGA. Páginas 264 p.v.p.: 18 euros

Praedicate Evangelium, promulgada por el papa Francisco el 19 de marzo de 2022, es un texto legislativo que reforma la composición y competencias de los distintos departamentos y organismos que conforman la Curia Romana.

«Las reformas en las estructuras y en lo organizativo son necesarias, sin duda, pero lo verdaderamente importante es la renovación de la mente y del corazón de las personas implicadas. Todos estamos llamados a *arrimar el hombro*. No olvidemos que las leyes y los documentos son siempre limitados y casi siempre efímeros. Otros tiempos vendrán. Otras circunstancias darán al mundo un nuevo color. Y la Iglesia, en su constante diálogo con el mundo, con un pie firme en los orígenes, adaptará nuevamente su vida y sus estructuras humanas a las condiciones cambiantes de los tiempos».

(del *Prólogo* del papa Francisco)

El cardenal Óscar Rodríguez Maradiaga, que ha estado al frente del Consejo de cardenales que Francisco designó como colaboradores de su pontificado, nos cuenta a lo largo de una interesante entrevista las modificaciones más importantes que esta nueva constitución dispone para mejorar el funcionamiento de la Curia al servicio de la evangelización.

EDITORIAL



L. A. Gonzalo Díez
DIRECTOR
DE VIDA RELIGIOSA

Como «uno más»

Los consagrados estamos aprendiendo –no sin dolor– a no ser considerados «especiales». Lo nuestro es la radicalidad del amor, la esencialidad manifestada en gestos suaves, no invasivos, que anuncien la totalidad de Dios.

A este discernimiento no hemos llegado solos. Nos ha impulsado la realidad. Especialmente nuestro mundo herido, primero por la pandemia y, en nuestros días, por una guerra cruel.

Aprender a ser uno más no es diluirse, ni desdibujarse, ni perder el horizonte. Es situarse en la verdad. La diferencia nunca puede proceder de una supuesta excelencia, sino de la esencialidad y la llamada. Ser uno más es ser hermano, compañero de suerte y de camino. Aprender a estar en la vida disfrutándola y creándola; llorándola y transformándola como el resto de la humanidad. Es el desde

Quién lo que nos cualifica, no nuestras «artes aprendidas» para ser considerados diferentes o especiales.

Hay mucha costumbre que desbrozar, mucha inercia que debe caer sola. El peso (y el paso) del tiempo está ayudando lentamente, pero a conciencia, en este proceso de liberación y engrase para dialogar con el nuevo mundo. Por más que nos empeñemos en sostener y apuntalar hay estilos que no aguantan más. Es más, aunque parezcan sólidos, esa firmeza es su manifestación de falta de agilidad para dialogar con este tiempo, con la era del Espíritu.

Hemos sido testigos del proceso vivido por no pocos consagrados durante la pandemia. Ha sido una meditación realista y esperanzada sobre la vida a lo largo de más de dos años. Estos hombres y mujeres no solo han adquirido capacidad y

visión para ser consagrados en este nuevo tiempo, sino que han aprendido a ser, con la humanidad, hombres y mujeres en camino y búsqueda. No es menor el peso de transformación que está dejando la invasión de Ucrania. Los que están sobre el terreno y los que estamos lejos de él hemos transformado la espiritualidad en compromiso y emergencia. La vida consagrada es un don para la humanidad y para la Iglesia. Y curiosamente es don, porque no reclama serlo y mucho menos necesita que se le reconozca o aplauda. Es don porque sirve de unión entre sensibilidades diversas. Ayuda a restañar las fricciones entre los dones jerárquicos y carismáticos que enriquecen al Pueblo de Dios. Se manifiesta porque ejerce un liderazgo de corresponsabilidad, porque lo suyo no es el protagonismo, ni la notoriedad.

Ser consagrado o consagrada hoy es entender la pedagogía de nuestro Dios que invita a dignificar el instante, a reconocer la gracia en el gesto pequeño, a convertir la vida en acontecimiento. Por eso, este desgaste de las familias religiosas ha de ser entendido dentro de ese plan pedagógico del Santo Espíritu. Nos está diciendo que no necesita nuestra fuerza de ayer, sino familias que sean signo e inviten a la búsqueda del Reino que se expresa en el encuentro, el discernimiento y la complementariedad. Pero además «ser uno más» es todo un itinerario formativo.

No es dejarse llevar. Necesita dos pilares en los cuales debemos incidir en esta etapa, ya abierta a la Pascua. El primero es el discernimiento. O convertir la vida en pensamiento y el pensamiento en vida. Hemos de superar la terrible tentación esterilizante de analizar para no decidir. Es el tiempo de la operatividad y de la posible equivocación. Es el tiempo del intento. El mayor enemigo para situarnos adecuadamente en esta era de salvación es la parálisis. Y esta se expresa de manera paradigmática en aquellas personas vacunadas contra cualquier cambio y en aquellas comunidades

incapaces de verbalizar lo que les pasa y sumidas en un silencio pre-pascual. El segundo es la misión compartida. Todavía reducida a momentos puntuales y casi estéticos. Hay que ceder espacios y mandos; cargos y estilos. La misión compartida, mandato del Señor, exige un proceso sinodal de conversión y escucha. Porque hoy por hoy, seguimos teniendo monopolizada «la propiedad» los consagrados. Intuyo que cuanto más real sea este compromiso de «desaparecer», ceder y cooperar, mayor luz adquirirá la gracia de la consagración. ¿Será posible para esta generación?

Nuestra portada

Es un campo de refugiados en la frontera de Ucrania. Los religiosos, como uno más, están implicados en las tareas de atención, acompañamiento y consuelo del pueblo herido y en éxodo. Es su sitio. Su lugar. Los clamores de nuestro mundo, que sigue vivo, nos dan noticia de la actualidad y necesidad de la consagración cuando expresa la cercanía de Dios. Quizá los terribles acontecimientos de nuestra humanidad nos despierten y desplacen para superar el reduccionismo de una vida consagrada demasiado ocupada en problemas domésticos.

Volumen 133. N° 4 Abril 2022



Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid

www.vidareligiosa.es

Redacción: Tel.: 915 401 262 - Fax: 915 400 066 - e-mail: secretaria@vidareligiosa.es

Suscripciones: Tel.: 915 401 238 - e-mail: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 63 euros (IVA incluido).

Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 94 euros ó 102\$ USD.

Otras naciones: 67 euros ó 72\$ USD. Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

Índice



- 04** En camino,
Alberto Ares
- 05** Mirada con lupa: Manuel Hernández,
Luis A. Gonzalo Díez
- 12** Femenino singular,
Cristina Inogés
- 13** Ucrania, Miguel Tombilla
- 16** Más que una foto: Taras Kchik, CSsR,
Carlos A. Diego
- 20** Hablando en dialecto,
Dolores Aleixandre
- 21** Retiro. Hacer nuestra la mirada de Dios:
Mirada que nos abre a la esperanza,
Álvaro R. Echeverría
- 29** Vivir es así de simple,
José Tolentino de Mendonça
- 30** Conciencias que hacen posible el cambio,
Rino Cozza
- 38** “La misión de la vida consagrada
frente a los abusos”,
Daniel Portillo
- 39** Contexto y alcance eclesial del «Motu Proprio» Competentias quasdam decernere,
Manuel J. Arroba
- 43** La sonrisa en la mirada,
Jorge A. Sierra
- 44** Jesús camino, verdad y vida... y «los discípulos
del camino», Aquilino, Card. Bocos
- 47** ¡Hagamos que suceda!,
Daniela Cannavina
- 48** Lectura recomendada,
Francisco Javier Caballero

Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos)

Director: Luis A. Gonzalo Díez

Subdirector: Pedro Sarmiento

Consejo de Dirección: José Cristo Rey García

Consejo de Redacción: Asunción Codes, Luis González-Carvajal, Félix Martínez Lozano, M^a Luisa González,

Joaquim Erra i Mas, Segundo L. Pérez, Francisco J. Caballero - Depósito Legal: M-2.582-1.958 ISSN: 0211-9749

Maquetación y diseño: Araceli López-Pastor, M^a Ángeles González, Pedro M. Sarmiento

Foto de portada: CSsR-Ucrania - Imprime: Din Impresores.



Alberto Ares

DIRECTOR DEL SERVICIO JESUITA A REFUGIADOS
JRS EUROPA

Ucrania: una luz de esperanza

Cada día estoy más convencido de que mi vida tiene sentido solo en relación con los demás. El encuentro con los otros es lo que me construye como persona. Sin la relación con los otros mi vida no tendría sentido. Esto que parece obvio, mirando a nuestro alrededor, diríamos que no lo es tanto. De hecho, algunos dirían que los conflictos son inherentes a la condición humana. En la actualidad, además de la guerra de Ucrania, hay al menos otras diez guerras declaradas, sin contar con otros conflictos armados latentes en diversas partes del mundo.

En estos momentos junto a mensajes y actuaciones llenas de violencia y sin sentido, nos encontramos con constantes muestras de solidaridad y hospitalidad. También desde el Servicio Jesuita a Refugiados (JRS) estamos intentando apoyar, aportando atención a las personas en Ucrania y a tantas

que se ven obligadas a huir y que cruzan las fronteras hacia los países cercanos, algunas llegan a España. Asimismo, no nos olvidamos de otras fronteras, como la frontera sur española y también de tantas familias a las que llevamos acompañando durante años en el corazón de Europa, y que ya forman parte de nuestras sociedades diversas.

Os comparto una luz de esperanza que aunque pequeña, ha salvado la vida de una familia. Podría contaros muchas otras. Sirva esta de avanzadilla. Vitalik, natural de Chernóbil en Ucrania, fue acogido en España durante 12 veranos cuando era niño. Antes de la guerra, vivía junto a su familia en Kiev. Tras los primeros ataques decidieron salir a su pueblo, junto a sus padres y hermanos. Allí se refugian, en el sótano, tremendamente asustados. Toda la familia se dispone a huir, pues su pueblo se convierte en un caos. Largas colas y varios días para cruzar

las fronteras. Las mujeres y niños cruzan y los hombres regresan, entre ellos Vitalik. Aleksandra, su esposa, y los dos niños llegan a Varsovia, y entran en contacto con su “familia española”, aquella que acogió a Vitalik y con la que seguían muy conectados. El JRS apoya a Aleksandra y sus hijos, y los pone en contacto con personas del gobierno español, del Ministerio de Inclusión, y se obra el milagro de la llegada a Barajas. Allí los estaba esperando su “familia española”, gracias a la coordinación con las autoridades.

Las muestras de solidaridad son enormes y de tanto agradecer. Tiempo este de intentar aunar esfuerzos, de coordinarse, de acoger y de aprender de esta tremenda fuente de acogida y hospitalidad, para que nunca nos abandonen estos valores y principios hacia cualquier persona o comunidad que lo necesite, que como hoy con la ucraniana, que se ve obligada a huir del miedo, la muerte y el sinsentido. Retomando nuestra reflexión inicial, que reconocer que es en el encuentro con los otros como realmente nos hacemos personas, hombres y mujeres para los demás.

MIRADA CON LUPA

Manuel Hernández Moreda
Postulante de los Carmelitas Descalzos



**Desde que he llegado a la
comunidad no he vuelto
a pensar en el futuro**

ENTREVISTA

18 años y de Medina del Campo-Valladolid (España)
Buscador... y descubridor.

Dice con razón el papa Francisco que no es tan adecuado hablar de juventud, cuanto de jóvenes. Cada uno de ellos es un mundo (su mundo) y probablemente el caso de Manuel sea paradigmático.

Luis A. Gonzalo Díez
Director de VR

SABEN LO QUE QUIEREN

En las descripciones que se nos ofrecen de los jóvenes pertenecientes a la generación Z, además de ser expertos en multipantalla... también se afirma que no pocos de ellos y ellas buscan valores que no se agoten con el paso del tiempo. Además dicen que estos jóvenes son muy selectivos y no se adhieren si no hay un liderazgo que merezca la pena. Son solidarios y muchos se han construido a sí mismos... Y

es que estos 22 años del siglo XXI han posibilitado que viviésemos un casi todo. Solo por citar algunos hechos significativos que marcan un cambio de paradigma, bastaría recordar, por ejemplo: El atentado de las Torres Gemelas (2001); el que se consiga descifrar el genoma humano (2001-2003); los atentados de los trenes de Madrid (2004); la muerte del papa san Juan Pablo II tras 26 años de pontificado (2005); la invención de *Facebook* (2009); el lanzamiento

del *Ipad* (2010); el trasplante total de cara (2011); la renuncia de un papa, Benedicto XVI y elección de un papa religioso y latinoamericano, Francisco (2013); la epidemia del Ébola (2013-2015); la pandemia COVID 19 (2019) y, por supuesto, la guerra de Ucrania con dimensiones mundiales (2022).

Evidentemente de todos estos hechos teníamos noción que podían darse, sin embargo es en este espacio y este tiempo cuando ocurren.



Y toda la sociedad, también la vida consagrada, está afectada por la magnitud y consecuencias de los mismos. Los planteamientos de vida y misión se han visto gravemente alterados y las decisiones para atender y responder a la nueva situación, aunque renuentes, están en camino.

En esta realidad se hace presente una nueva generación que lógicamente es deudora de esta sorprendente novedad. Ahí se encuentran buena parte de quienes hoy pueden entender la vida consagrada como su proyecto de seguimiento. Son generaciones sin generación, porque sus procesos son únicos y, casi, en solitario. Son jóvenes con una visión y misión nueva porque su concepto de contexto y territorio ha cambiado grandemente. Conocen y participan del acontecimiento universal con la inmediatez de un teclado... pero siguen emocionándose con el mensaje limpio de la llamada, el encuentro, la celebración y la acción al servicio del bien. Exigen eso sí, que el proyecto se entienda y se vea en el día a día; exigen una normalidad que frecuentemente pone en entredicho las formas vetustas de la vida consagrada.

Necesitan lo espontáneo y lo inspirador. Viven el instante y la emoción. Son jóvenes que, en pocos años, han visto como se derrumbaba «el

En estos primeros años del siglo XXI hemos vivido un «casi todo»

antiguo régimen» y amanecía con ellos un concepto nuevo y, a la vez, de siempre, la casa común.

EL PODER DEL AHORA

En nuestro diálogo con los jóvenes, la Iglesia y particularmente los consagrados, tenemos un problema con el concepto de tiempo. Somos expertos en procesos e itinerarios de cómo deben ser las cosas. A veces, nos perdemos en nuestros mismos procesos que secuenciamos y prorrogamos por años. Así vamos evaluando y evaluándonos. Proyectos sin conclusión se



suceden por otros que sin ser del todo diferentes, al menos suenan a nuevo. Nos cuesta entrar en el ahora de la vida y de las personas. El peso del instante, aún valorándolo, no adquiere fuerza en las decisiones que sostienen el día a día de los consagrados. Steve Krug nos ofreció claves sobre el concepto de *usabilidad* para el diseño de páginas web. Dice él que es preferible equivocarte ahora que diseñar un gran proyecto que no se realizará nunca. La vida consagrada tiene que apostar por la «usabilidad», tal y como la viven las generaciones de este tiempo. No son capaces de hacer una proyección a largo plazo, pero se pueden comprometer a vivir el instante con intensidad. Así de rotundo responde Manuel cuando se le pregunta por el mañana. Dice con claridad que no sabe cómo será, pero con la misma fuerza afirma que lo que vive hoy es real y verdadero y «quiere ser totalmente del Señor».

El porvenir es largo e incierto. Lo conoce el Espíritu. El testimonio de Manuel nos ayuda a entender sus sorpresas más allá de nuestros cálculos. Y además nos da noticia de que, pase lo que pase, será bueno en la vida de Manuel y en la vida de los camelitas descalzos. Es bue-

no recordar lo que propone Manuel a otros jóvenes: «Mi recomendación en estos casos es que hagan una experiencia, que no se cierren, que

para que cuando fuésemos grandes pudiéramos decidir libremente. No obstante, mi abuela que, aunque no era practicante, tenía una gran fe,



el no ya lo tienen». Después, Dios dirá.

¿Quién eres?

Mi nombre es Manuel, tengo 18 años y soy de Medina del Campo (Valladolid). Tuve la gran fortuna de nacer en una familia muy grande y unida de la que me siento profundamente orgulloso. Mis padres, al no ser creyentes, decidieron no bautizarnos ni a mi hermana ni a mí

nos enseñaba a rezar y alguna vez íbamos juntos a misa, a alguna procesión o a visitar algún santuario.

Recuerdo que me lo pasaba muy bien jugando con mis amigos y mi hermana o pasando el tiempo trasteando yo solo, siempre andaba entretenido en algo.

Comencé a ir a la iglesia acompañando a mi abuela y recuerdo que, aunque no entendía absolutamente nada

de lo que ocurría me sentía muy atraído. Me impresionaban tanto los cantos, el incienso, las imágenes, y lo mejor de todo, tener la oportunidad de comunicarme con Dios.

Tanto me gustaba aquello que lo intentaba replicar yo en mi casa, fue así como empecé a hacer pequeñas ermitas en el jardín o con mi hermana ir a pasear una pequeña imagen de María por el pinar.

La separación de mis padres supuso para mí un momento muy duro, pero fue precisamente esa situación de la que el Señor se valió para mostrarme su cercanía.

Y desde niño buscando a Dios... ¿por qué?

Siempre he pensado que más que buscar a Dios ha sido él quien me ha buscado a mí. Él se fijó en mí y me llamó por mi nombre. Durante un tiempo intentaba dejar atrás lo que sentía porque en mi entorno no parecía normal, pero negar a Dios era negarme a mí mismo. Al caer en la cuenta me determiné a hacer todo lo que estuviera en mis manos para ser cristiano.

Insistía constantemente a mis padres para que me dieran permiso para bautizarme, pero todavía no era el

momento. Yo, por mi parte comencé a formarme, buscaba en internet, leía algunos libros y comencé a ir a misa

Por más vueltas que he dado, no puedo entender la vida sin Jesús

más a menudo. En mi familia siempre se tuvo una gran devoción a la Virgen del Carmen así los carmelitas se convirtieron en mi lugar de referencia. Los frailes, por su parte, siempre me han hecho sentir como en casa.

Dios quiso que después de 15 años mis padres me dieran el permiso para poder recibir el bautismo. Y así fue como el día 15 de abril de 2017, durante la vigilia pascual, renací con Cristo en el bautismo y pude recibirlo sacramentalmente.

Tu proceso es atípico... Cuéntanos cómo aparece la idea de seguir a Jesús como consagrado.

Mi vida dio un vuelco cuando en el año 2018 le detectaron a mi abuela un cáncer. El proceso fue precioso, fue toda una escuela para mí, pude ver con mis propios ojos hasta qué punto habita Cristo en el enfermo. Mi abuela, aun estando con

unos dolores tremendos siempre estaba mejor, siempre con unas ganas inmensas de vivir. Solíamos pasar muchísimo tiempo juntos, nos entendíamos a la perfección, así que para mí fue todo un orgullo poder acompañarla en el último tramo de su carrera. Para entrete-

nerla me solía leer las obras de Santa Teresa o le recitaba los poemas de San Juan de la Cruz.

Y fue así precisamente como nos dejó, tras haber pasado algunas noches muy oscuras en el hospital y después de escuchar algunos versos del Cántico Espiritual, nos abrazamos por última vez y marchó a la casa del Padre. Jesús me había mostrado sus heridas de amor en las heridas de los brazos que me habían criado.

Después de esta experiencia me comencé a preguntar por mi vida, cómo quería vivir en el futuro, y por más que le daba vueltas no podía pensar en una vida en la que Jesús no fuese el centro.

¿Cómo contaste a tu familia tu proyecto?

He de reconocer que me costó bastante porque como antes comentaba en mi familia estamos muy unidos y al no ser creyentes les iba a cos-

tar bastante. Y así fue, les costó y les sigue costando mucho, pero son muy generosos porque, aunque no comprendan muy bien lo que hago no dejan de apoyarme y de impulsarme hacia adelante con tal de verme feliz. Eso sí que es una entrega.

¿Qué es lo que te atrae de la vida consagrada?

Pues sinceramente me gusta todo. Cuando llegué a mi comunidad no tenía ni idea de como es el día a día de los religiosos, los horarios, el carisma. No conocía casi nada. Pero conforme voy conociendo más, me voy enamorando.

La oración, el silencio, la comunidad, la amistad, la alegría, los pequeños detalles, todo me parece como un precioso traje hecho a medida para mí.

¡Que cosa tan bonita es que Dios mismo nos pida vivir con él!

¿Hay sitio en la vida consagrada para los jóvenes?

En la vida consagrada no hay sitio para los jóvenes; la vida consagrada es, para mí, el lugar de los jóvenes.

Como decía el Papa en su exhortación apostólica *Christus vivit*, la juventud tiene que ver con el corazón más que con las fuerzas o la aparien-

cia. Ser joven es mantenerse en el camino de la búsqueda, dejarse sorprender por la providencia, apostar todo a una, actualizarse continuamente en el amor, renovar cada día nuestro sí a Dios.

Por eso, sin dudarlo, hay un lugar posible para los jóvenes y es la vida religiosa.

¿Crees que hay más jóvenes como tú, haciendo solos un proceso de descubrimiento?

Estoy convencido. La vocación, no viene de fuera sino de dentro, por eso, aunque exista un acompañamiento espiritual, el proceso de descubrimiento siempre es individual. Lo que no podemos olvidar es que Jesús llamó a los que quiso, y los llamó para que estuvieran con él (Mc 3,13).

Muchas personas descubren esta llamada y se ven desbordados porque todo su proyecto de vida se les viene abajo. Mi recomendación en estos casos es que hagan una experiencia, que no se cierran, que el no ya lo tienen. La experiencia de la vida religiosa es la que clarifica y confirma la vocación.

¿Qué es para ti la comunidad?

Para nuestra orden, la comunidad es uno de los

pilares fundamentales. Cuando Santa Teresa plantea nuestra forma de vida le da a la comunidad la misma importancia que a la oración.

“Aquí todas han de ser amigas, todas se han de querer, todas se han de amar, todas se han de ayudar” (*Camino* 4.7).

Si realmente vivimos en Cristo y no le cerramos el paso somos verdaderos canales que Dios usa para manifestarse. ¡Qué grande es poder abrazar y ser abrazado por Jesús, poder ver a Dios sufriente en el hermano, ver a Dios feliz en el hermano, ver a Dios cuidarte en el hermano, ver a Dios vivo en el hermano!

Caminando todos juntos por el mismo camino es más difícil perdernos, por eso Santa Teresa nos invita constantemente a hacernos “espaldas unos a otros” para seguir adelante.

Viviendo una verdadera experiencia comunitaria basada en el amor teológico vivimos nuestra fe como Jesús la planteó, amor a Dios y amor a los hermanos.

¿Cómo te ves dentro de 10 años? ¿Dónde vivirás? ¿A qué dedicarás tu tiempo?

Pues sinceramente no lo sé.

Antes de llegar al postulantado ponía todos mis esfuerzos en poder iniciar



el proceso para ser religioso y en empezar cuanto antes. No podía esperar para ser del Señor en el Carmelo. Pero desde que he llegado a la comunidad no he vuelto a pensar en el futuro. Me siento profundamente feliz y en el lugar que Dios tiene para mí. Ya no me importa el qué será mañana, quiero ser del Señor y quiero serlo hoy.

“Una cosa pido al Señor, eso buscaré, habitar en la casa del Señor por años sin término, para gozar de la dulzura del Señor y contem-

plar las maravillas de su templo”(Salmo 27).

Dinos por qué este mundo, entre pandemias y guerras, es bueno y hay sitio para el bien...

Dios lo creó todo bueno. No obstante, también nos hizo libres.

Las cosas no son ni buenas ni malas en sí. Una pandemia, por ejemplo, no es buena, ni tampoco mala, es lo que toca, ahora bien, nos prueba, nos pone al límite y permite ver lo que verdaderamente llevamos en el

corazón ya que es precisamente de nuestro corazón de donde puede salir el mal (Mc 7,21).

El pecado tiene una fuerza expansiva terrible, es contagioso, está en el aire. Pero también está en nuestro corazón tomar la mano de Jesús y frenar el pecado. El bien es infinitamente más poderoso que el mal, pero hace menos ruido.

Está en nuestra mano ayudar a Jesús a cargar con la cruz y hacer, en silencio, el poquito bien que podamos hacer. **VR**



¿Abierto o cerrado?

CRISTINA INOGÉS SANZ

LAICA. TEÓLOGA. COMISIÓN METODOLÓGICA DEL SÍNODO DE OBISPOS

La primavera empieza a hacerse visible. La vida recupera color, olor, sabor, y luz. En este mes de abril la Vida llama a la vida. Salimos de cuarenta días sombríos y de ayuno porque así hemos decidido vivirlos. Jesús, en el evangelio, nos dice que cuando ayunemos nos perfumemos la cabeza y nos lavemos la cara, es decir, que nadie, a nuestro alrededor, note nuestro ayuno salvo Dios (Mt 6,17-18).

Resucitar requiere morir previamente. En la vida vivimos muchas muertes y muchas resurrecciones que no acertamos a ver así. La gran resurrección, la que supone el encuentro con el Amado, nadie nos la puede contar. Es algo que ni imaginando acertaríamos a explicar.

Sin embargo, esta “falta de información” no debe ser un

obstáculo para nuestra actitud ante la resurrección. El Evangelio, que es muy preciso en su lenguaje, nos dice que el sepulcro donde habían depositado a Jesús estaba vacío. Esta precisión es muy importante para nuestra actitud ante la muerte porque muchas veces creemos que resucitar es dejar el sepulcro abierto.

La diferencia entre abierto y vacío radica en que un sepulcro abierto puede mostrar la podredumbre de una vida que no acepta la resurrección, la posibilidad de eternidad, en definitiva, el amor de un Dios que nos crea, vive, muere, y resucita por amor a cada uno de nosotros.

El sepulcro vacío es la invitación a percibir que la Vida es una realidad tras la muerte. Ese espacio vacío es un canto a la vida que se nos

ha regalado. Es un canto a las segundas oportunidades que podemos vivir en nuestro viaje terrenal y, sobre todo, un canto a la esperanza de que aquí no termina todo.

Este mes de abril celebramos la Pascua. Deberíamos estar exultantes de alegría, sin embargo, a simple vista, y por decirlo de una forma gráfica, nos limitamos a sonreír. ¿Qué nos pasa? ¿Que se nos ha regalado la Vida Eterna!

Espero que la experiencia pascual de quien lea este artículo sea la del sepulcro vacío y la vida alborotada tras la Pascua. En todo caso y, si por algún motivo tu experiencia es verlo abierto, no pierdas la esperanza. Hay mucha vida a tu alrededor que te llevará a la Vida. ¡Feliz Pascua!



Ucrania

Miguel Tombilla cmf

Coordinador de Solidaridad y Misión. M. Claretianos Santiago

Siempre hay alguna guerra en el mundo, la mayoría ignoradas. Pero ahora, una vez más, hay una guerra en Europa. No es un “conflicto” como sostiene el gobierno ruso, sino una invasión. Tras los ataques indiscriminados hay muchas víctimas, mucho dolor e injusticia. Ha habido y sigue habiendo una reacción política, pero lo que

más llama la atención es la reacción de la ciudadanía que brota desde muchas partes del planeta.

Nuevamente se puede palpar la generosidad de millones de personas y de organizaciones. Entre ellas también nos encontramos los consagrados y las que nacen de nuestro entorno. Se está apoyando a los refugiados

(desplazados internos y los que salen hacia otros países), acompañando a los que se tienen que quedar en Ucrania, acogiendo a personas que llegan allí para ayudar...

No deja de admirarme la entrega de esas mujeres y hombres que siguen anunciado con su vida, en medio del sinsentido de la extrema violencia que es una guerra, la capacidad de resistencia esperanzada que es el Evangelio.

En muy poco tiempo se han creado redes de apoyo, en muchos casos, desde la nada. La efectividad de la solidaridad nos ha llevado a muchos a buscar caminos para que la ayuda fuese llegando casi desde el primer instante. Se ha intensificado la comunicación entre comunidades locales y gobiernos generales o provinciales, entre distintas partes de las congregaciones e instituciones. Se han buscado modos de sortear las dificultades de la diferencia idiomática, de los problemas para cruzar las fronteras, de la escasez para comprar artículos de primera necesidad en algunas zonas de Ucrania...

Poco a poco hemos ido trabajando juntos, en misión compartida. Nuestras *Ong's* y asociaciones han tenido un papel primordial. No solo en la búsqueda de recursos sino en la comunicación con las personas que están en la zona de guerra y el resto del mundo, no sin dificultades. Se han creado canales de comunicación para narrar lo que está pasando y cómo está pasando a pequeña o gran escala, haciéndonos más solidarios de esta tragedia.

Pero sobretodo, las religiosas y religiosos que están en Ucrania acompañan todas las situaciones terroríficas de las víctimas que sufren: Desabastecimiento, hambre, muerte, soledad, separaciones, desesperación... Siempre al lado de las víctimas como una presencia que anuncia que, pese a no poder dar demasiadas explicaciones, se está con ellos en todo ello. Ayudan a gestionar duelos, a mantener la esperanza, a acompañar a refugiados para que puedan llegar a otros lugares más seguros, a conseguir lo mínimo necesario para comer, abrigarse, curarse, a acom-





vislumbrar el posible desabastecimiento de grano en África, en Europa ya golpea con fuerza la creciente pobreza energética de muchas personas... En este contexto la vida religiosa debemos seguir haciendo el esfuerzo de propiciar medidas sociales y políticas que palién las consecuencias de esta gran crisis. Tenemos la gran riqueza de unas redes de ayuda y denuncia que no podemos olvidar o dejar de potenciar por comodidad o por miedo al que dirán. Hay que seguir haciendo visibles a muchos «invisibles» que quedan

ninguneados en los países y en grandes capas de la población.

pañar en los últimos momentos de la vida, a mantener la comunicación entre los miembros de las familias separadas... Son presencia de Dios, sencilla, en medio de un pueblo sometido al dolor extremo, a ese “resumen de injusticias” que es una guerra. Son iglesia que acompaña a la Iglesia en estos momentos de dolor inmenso. Pero también somos iglesia juntos, en ellos, porque son trocitos de nuestras instituciones que nos comunican vida en medio de la muerte; que nos recuerdan cómo ha de ser nuestra entrega a los más vulnerables del entorno cercano y lejano, que el compromiso con la paz se construye todos los días y que nunca se ha de dar por supuesto.

En la vida religiosa cada vez trabajamos mejor en red, con otros hombres y mujeres de buena voluntad. Hemos aprendido a vencer muchos escollos que nos separaban y muchas fronteras que eran solo mentales. Sabemos que podemos llegar a casi cualquier punto del Planeta y que en esta guerra (como en otras tantas) tenemos mucho bien que hacer y mucha fraternidad que ofrecer. Somos miembros de un mismo cuerpo y nos entendemos desde el lenguaje del amor y la solidaridad. Sabemos que la capacidad de Dios, del ser humano, no es solo un apéndice impostado, sino que puede ser el centro de comprensión para una vida más humana. Somos expertos en paz y en eso tenemos un gran tesoro.

Pero también la vida religiosa va a ser cauce de reconstrucción, Dios quiera que pronto en Ucrania, y de acompañamiento de la crisis en muchos países del mundo. La crisis social (no sólo económica) que ya venía dibujándose con la pandemia del Covid se agranda ahora con esta guerra. Y los que salen perjudicados en primer lugar son los más vulnerables. Ya se empieza a

Seguimos siendo uno con el pueblo ucraniano y con todos los pueblos que sufren. Seguimos pidiendo y construyendo la paz. Seguimos intentando vivir el evangelio unidos en el dolor y la esperanza. Seguimos siendo cauces de solidaridad. 

MÁS QUE UNA FOTO



Taras Kchik, CSsR

ENTREVISTA

“Cada día comienza con el estrés de adivinar qué ciudad ha sido golpeada durante la noche”

Taras es un religioso redentorista de Ucrania. Su provincia la integran un centenar de hermanos. Viven en trece comunidades, dos en zona ocupada por Rusia y una de ellas en una ciudad sitiada. Están en el oeste de Ucrania y el centro de la provincia es Lviv. En esta entrevista descubrimos, por dentro, cómo es el día a día de quienes en nombre de Dios están viviendo con el pueblo la desolación y barbarie de una guerra.

Carlos A. Diego Gutiérrez
Misionero Redentorista

¿Cómo ha cambiado vuestra vida diaria desde que empezó este asedio?

Este conflicto ha tenido un gran impacto en nuestra vida cotidiana. La mayoría de nuestras casas han tenido que cambiar por completo el método de trabajo creando muchas estructuras sociales y servicios que fracasan o se les lleva más allá de sus límites. Hemos estado haciendo el máximo esfuerzo para ayudar a aquellos que están confiando en nosotros.

¿Cómo se compagina la vocación al servicio de la reconciliación con el dolor de un pueblo asediado?

Nuestra vocación ha estado muy presente a través del sacramento de la reconciliación. Especialmente con los refugiados que llegan, así como con aquellos que se están uniendo al ejército. De modo concreto en este tiempo de cuaresma, muchas personas están dando un paso adelante para recibir el sacramento de la reconciliación. Hay algunos que no han participado en todo el año, algunos que no han participado durante muchos años y algunos que simplemente están asustados por esta guerra y han decidido finalmente dar un paso adelante para reconciliarse con Dios. Especialmente aquellos que

se unen al servicio militar a menudo vienen a nosotros antes de presentarse a filas, pidiendo reconciliación, oración, alguna guía, conversación espiritual y simplemente pidiendo ese apoyo espiritual antes de comenzar su servicio militar.

¿Estáis unidas las diferentes confesiones cristianas en el servicio a la paz?

Realmente no tenemos ninguna celebración formal por la paz en nuestra iglesia, tenemos nuestras celebraciones normales, así como durante todo el día hay muchos *molebens* (oraciones diurnas) y rosarios diferentes que se rezan por la paz. Sin embargo, no somos una iglesia central y, por lo tanto, no hay celebraciones “oficiales” por la paz aquí con las diferentes confesiones. Por otro lado, siempre estamos abiertos a todos los que vienen a nosotros y muchos de los refugiados que hemos acogido son de diferentes confesiones, y algunos incluso de diferentes religiones. Les damos la bienvenida a todos, los aceptamos a todos y algunos de ellos han elegido unirse a nosotros para la oración, para algún tipo de fortalecimiento comunitario del espíritu. Por supuesto, cuando todos vienen debido a un ataque aéreo, a menudo

vemos personas que piden tener una oración comunitaria. Pero incluso de entre los que se quedan con nosotros, muchos son ortodoxos, algunos incluso no están bautizados, pero aún así se consideran cristianos; sin embargo, muchos nos han pedido que los ayudemos a aprender a orar para hacerlo en este momento difícil.

¿Cómo valoráis la ayuda internacional? ¿Estáis sintiendo con fuerza la fraternidad de la congregación universal?

Hemos sentido ese fuerte impulso internacional de ayudarnos y apoyarnos. Lo hemos sentido en su rápida acción para conseguimos suministros, para ayudarnos con ayuda humanitaria; lo hemos sentido con más fuerza a través del apoyo de la congregación, a través de otras provincias redentoristas, dándonos la ayuda que pueden, ayudándonos a servir a las personas que están con nosotros dándonos los suministros que necesitamos para poder continuar nuestro servicio. En nuestra comunidad parroquial tenemos incluso una panadería y hemos estado apostando por el pan, no solo para la gente del barrio (ya que algunas tiendas se han quedado sin suministros), si-

no también para las personas que han estado buscando refugios en las escuelas locales. También para los refugiados que no tienen a nadie más a quien acudir y no tienen a veces comida y, sin embargo, por un corto tiempo, tuvimos una gran carencia de harina. Incluso hubo un momento en que no teníamos suficiente para el siguiente envío para las escuelas, pero luego, gracias a la provincia redentorista española, obtuvimos la cantidad de harina que necesitamos para mantener este servicio en marcha. Yo personalmente he estado más en contacto con los redentoristas de la provincia española, pero muchas provincias de la congregación se han acercado tratando de ofrecer algún tipo de ayuda y apoyo en este momento tan difícil en el que nos encontramos, sintiéndonos afortunados por saber que tenemos hermanos.

¿Ha cambiado la participación del pueblo en la vivencia de la fe?

Pienso que cada vez más personas están recurriendo a la fe, como sucede siempre en tiempos difíciles. Las personas son cada vez más conscientes de lo importante que es la fe en su vida cotidiana y de lo mucho que necesitamos volvernos a Dios en momentos en que nos en-

contramos completamente incapaces para efectuar cosas en medio de tanto caos y descontrol a nuestro alrededor.

¿Cuáles son las necesidades más urgentes?

Una de nuestras mayores necesidades ha sido la harina, para poder seguir horneando pan para proporcionar alimentos que cada día damos a diferentes refugios de la ciudad. Aparte de eso, nuestras necesidades son las mismas que suelen ser en tal situación: alimentos y medicinas. En su mayoría requerimos alimentos enlatados, especialmente aquellos que pueden durar más tiempo y que podemos dar a aquellas personas que están en una situación peor y más dura, ya sean soldados en el frente o personas en las ciudades sitiadas. Y la otra cosa son los medicamentos, que también se necesitan para ayudar a la gente en este momento difícil. Y medicamentos de todo tipo, desde algunas cosas simples como vendas, algodones, bastoncillos... que son los primeros en agotarse, hasta cosas más complicadas de conseguir como analgésicos fuertes, que podemos enviar a las personas en el frente que requieren ayuda inmediata durante esta difícil situación. Necesitamos todo

eso, así como medicamentos para el resfriado. Mucha gente está huyendo y está viniendo con diferentes enfermedades y con un estrés con el que tienen que lidiar, la mayoría de las personas ya vienen a nosotros enfermos y necesitan algún tipo de atención médica.

Otra solicitud sería tener mucho cuidado con los suministros médicos que se envían, pues con demasiada frecuencia las personas simplemente compran esas cosas sin mirar las fechas de caducidad y los medicamentos que nos llegan están a punto de caducar o ya lo han hecho. Aunque algunas cosas se necesitan de inmediato, otros medicamentos debemos conservarlos por un tiempo, hasta que se necesiten. Por lo tanto, si existe la posibilidad de obtener cosas que puedan durar más tiempo, sería muy útil porque a veces las pasamos a lugares donde no pueden obtener medicamentos, pero es posible que no necesariamente se vayan a usar dentro de unas pocas semanas; es posible que deban conservarlos por un tiempo hasta que se necesiten.

¿Cómo es vuestra jornada desde que empezó la guerra?

Mi horario diario ha cambiado mucho, y, aunque en al-



gunos puntos se ve similar, siempre hay cambios importantes que están en todas partes. En primer lugar, todavía tenemos los servicios matutinos y vespertinos en la iglesia, como siempre, pero por supuesto ahora con demasiada frecuencia el día comienza con la sirena y el ataque aéreo. Incluso cambian las cosas más simples: todas las mañanas me levanto y lo primero que hago es revisar mi teléfono y ver los mensajes. Veo que recibo mensajes de personas cercanas a mí, haciéndome saber que están bien por el ataque aéreo en su ciudad, haciéndome saber que no me preocupe, o de otros amigos que me hacen saber que hubo un ataque aéreo durante la noche en mi ciudad y preguntándome si estoy bien y que

les haga saber lo antes posible si estamos bien y si el ataque no tocó el monasterio. Cada día comienza con este estrés de averiguar qué ciudad ha sido golpeada durante la noche. Después de esto tenemos los servicios matutinos y a continuación hay muchas cosas en las que involucrarse. Ya sea ayudando con los niños huérfanos que se quedan con nosotros o ayudando con voluntarios que vienen aquí para hacer barras de pan para bocadillos que se enviarán al frente, o redes para camuflaje que se están haciendo en nuestras instalaciones o simplemente para pasar tiempo con los refugiados y tratar de levantarles el ánimo. Además de esto, también hay ciertos días donde los dedicamos por entero al envío de la ayuda hu-

manitaria, a recogerla en la frontera para, después, distribuirla, sabiendo que a lo largo del camino hay muchos puestos de bloqueo y controles de seguridad, por lo que todo esto lleva mucho más tiempo de lo que normalmente llevaría. Además, es tiempo de cuaresma, por lo que hay más trabajo en la parroquia, pues vienen personas para obtener apoyo espiritual por lo que está sucediendo y queriendo confesarse, queriendo pasar algún tiempo con un guía espiritual.

¿En qué os podemos ayudar los religiosos y religiosas desde otros rincones del mundo?

Nunca podemos subestimar el poder de la oración. Las personas consagradas de todo el mundo necesitan orar por la paz, para asegurarse de que el mundo a su alrededor es consciente de lo que sucede; para asegurarse de que nadie olvide lo que está sucediendo aquí, las atrocidades contra la población civil, los ataques intencionales a escuelas y hospitales.

¿Es posible la paz? ¿Qué pasos se deben dar?

No es suficiente que los políticos occidentales se sientan preocupados o comprensivos, la paz requerirá más sanciones y el cierre del espacio aéreo sobre Ucrania. 



Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS

Desobediencias

“Id a decir a sus discípulos y a Pedro: Él va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis, tal como os dijo. Ellas salieron huyendo del sepulcro, llenas de temor y asombro, y no dijeron nada a nadie por el miedo que tenían” (Mc 14, 7-8). Supone un descubrimiento muy consolador que la Biblia este llena de gente poco “edificante” y precisamente por eso tan parecida a nosotros. A veces, en nuestras ideas sobre la obediencia, coincidimos bastante con las del centurión que lo tenía clarísimo: “Le digo a uno: ven y viene, y al otro: haz esto, y lo hace” (Mt 8,9). Pero esto que quizá ocurra en el ejército, tiene poco que ver con lo que pasa en otros ámbitos de realidad y ahí están para demostrarlo esas mujeres claramente desobedientes al mandato del ángel: a pesar de haber recibido el mandato de “ir a decir”, salen huyendo “y no dijeron nada a nadie”. Reaccionan de una manera muy parecida

a Jonás que, después de escuchar la orden: “Vete a Nínive”, se embarcó rumbo a Tarsis, que en equivalencia dinámica sería recibir un destino para Oviedo y tomar el tren para Algeciras.

Gracias a los dos relatos se enter a el lector del porqué de la desobediencia de sus personajes: tenían miedo. De Jonás sabemos que es porque temía adentrarse en el abismo de la compasión del Señor, pero las mujeres ¿de qué tenían miedo? Posiblemente se callaron para evitar que se rieran de ellas y no tener que escuchar en tono de burla: “A ver, chicas, ¿qué historias andáis contando de que os ha hablado un ángel? Mujeres teníais que ser para dejaros engañar y creeros semejante patraña de muertos que resucitan...”.

Algo así puede pasarnos a nosotros y por eso sabemos tanto de miedos y enmudecimiento, y por eso las imitamos buscando rincones, agujeros, sótanos o sofás en los que

permanecer afásicos y un poco amuermados por el “trabajoholismo”, las batallitas comunitarias, la sobredosis de papeles, el peligro de desnutrición por descuidar las fuentes que nos dan vida...

La Pascua nos recuerda que hemos elegido una manera de vivir que tiene su origen, su causa y su sentido en el Señor Resucitado y nos ha bautizado a cada uno con el sobrenombre de Anastasio/a (el NT llama *anástasis* a la acción de ponerse en pie, de levantarse...). “Estar en pie” nos compromete a ser anunciadores de vida y también a tener conversaciones vitales entre nosotros, porque conversar es verter en un cauce común deseos, llamadas, interrogantes, iniciativas, propuestas..., todo eso que nos hace sentirnos participando en un destino común, sabiéndonos sostenidos por una red de comprensión, de confianza mutua y de afecto.

Y tenemos que hacerlo en estéreo, hombres y mujeres juntos, porque es así como van a ser las cosas en el próximo milenio, tanto en el mundo como en la Iglesia: nuevas formas de co-operación, colaboración, co-inspiración, creatividad y synergia entre lo femenino y lo masculino, entre *anima* y *animus*.

Y aunque estas mujeres del texto de Marcos se quedaran calladas, su silencio se ha quedado ya tan inútil como la piedra quitada del sepulcro.

RETIRO MENSUAL

4 HACER NUESTRA
LA MIRADA DE DIOS:
MIRADA QUE NOS ABRE
A LA ESPERANZA

ÁLVARO R. ECHEVERRÍA, FSC

HACER NUESTRA LA MIRADA DE DIOS: MIRADA QUE NOS ABRE A LA ESPERANZA

Quisiera partir de una convicción personal. Me parece que la esperanza es el dinamismo fundamental de todo proceso de reconfiguración en nuestra vida religiosa y de nuestra propia conversión personal y comunitaria. Una esperanza que nos invita a preparar la venida del Señor; la llegada de Dios que quiso poner su casa entre nosotros, una esperanza que nos hace constructores/as del Reino. Una esperanza que nos invita a hacer nuestra la mirada de Dios. En el Evangelio encontramos claramente que el centro del mensaje y de la acción de Jesús fue la construcción del Reino. Este término se repite 122 veces en los Evangelios, de las cuáles 90, en boca de Jesús. Jesús expresó lo que es el Reino en su mensaje programático en la Sinagoga de Nazaret y en la respuesta que posteriormente dio a los discípulos de Juan Bautista (Lc 4, 18-19; Mt 11, 3-5).

El Reino es la superación de todas las alienaciones humanas, la destrucción de todo mal, físico o moral, del pecado, del odio, de la muerte, de la desunión, de las desigualdades y marginaciones. Se trata del año de gracia del Señor; en el que la ternura del Padre se hace manifiesta. Padre y Reino son los dos grandes amores de Jesús y las finalidades que dirigen y dinamizan toda su vida. Los milagros de Jesús son una manifestación de la presencia del Reino: los enfermos recuperan la salud, el duelo se convierte en fiesta, la muerte en un sueño, los pecados en gracia

Como nos lo recuerda el jesuita francés Teilhard de Chardin: La espera, la espera ansiosa, colectiva y operante de un fin del mundo, es decir, de una salida para el mundo, es la función cristiana por excelencia y tal vez el rasgo más distintivo de nuestra religión. Cristianos, encargados tras de Israel de conservar siempre viva sobre la tierra la llama del deseo, tan solo veinte siglos después de la Ascensión, ¿qué hemos hecho de la espera?... Seguimos diciendo que velamos en expectación del Señor. Pero en realidad, si queremos ser sinceros, hemos de confesar que ya no esperamos nada. Hay que reanimar la llama a cualquier precio. A toda costa hay que renovar en nosotros el deseo y la esperanza del gran Advenimiento.

O como lo expresaba también Karl Rahner hablando del tiempo de Adviento: Con demasiada frecuencia y sobrada ligereza nos sumergimos en lo que denominamos el presente... Pero si no miramos hacia el futuro, en rigor no sabemos cuál es el significado y el objeto del quehacer presente. Adviento nos convoca a que miremos el futuro y planifiquemos algo para pasado mañana, con la plena convicción, de que, si nuestro proyecto para el próximo futuro debe tal vez fracasar; sin embargo, hemos sobrevivido el futuro inmediato con valentía, frente a la resignación miope y hemos demostrado que tenemos fe en el eterno futuro de Dios.

Esta actitud es la que tiene que impulsar la reconfiguración de nuestra vida religiosa y debe inspirar nuestro caminar cotidiano. Como nos dice Dennis Gabor, premio Nóbel de física en 1971: No podemos de ninguna manera predecir el futuro. Debemos inventarlo.

Ciertamente el futuro es don y gracia que nos sorprende, pero al mismo tiempo es

tarea y compromiso que nos compromete con todos aquellos que piensan que otro mundo es posible, que otra vida religiosa es posible y que la fe no es solamente creer en lo que no vemos sino también no creer en lo que vemos convencidos que más allá de las apariencias el bien se abre camino. Como nos dice el jesuita brasileño Carlos Palacios: El futuro, en términos cristianos, no puede ser 'proyectado' porque no lo dominamos; es advenimiento, algo que nos llega como don, como gracia que nos sorprende, algo que viene a nosotros, que está por-venir. Aquí está porque solo puede ser inédito: verdadera creación; fruto de la apertura responsable de la libertad humana a la promesa y al don de Dios. En este sentido hoy, algunos autores distinguen entre futuro y porvenir. El futuro lo construimos nosotros, el porvenir nos viene y debemos acogerlo.

La reconfiguración: rejuvenernos en la esperanza del Reino

Como nos dice el papa Francisco en la Carta que nos escribió para el Año de la Vida Consagrada: Conocemos las dificultades que afronta la vida consagrada en sus diversas formas: la disminución de vocaciones y el envejecimiento, sobre todo en el mundo occidental, los problemas económicos como consecuencia de la grave crisis financiera mundial, los retos de la internacionalidad y la globalización, las insidias del relativismo, la marginación y la irrelevancia social... Precisamente en estas incertidumbres, que compartimos con muchos de nuestros contemporáneos, se levanta nuestra esperanza, fruto de la fe en el Señor de la historia, que sigue repitiendo: «No tengas miedo, que yo estoy contigo» (Jer 1,8).

Nos podemos preguntar: ¿Cuál es la esperanza que nos sostiene en medio de las desesperanzas de hoy? ¿Qué horizonte enfoca nuestra misión y nuestra vida fraterna en comunidad ante los cambios que hoy vivimos? ¿Qué caracteriza hoy nuestra esperanza?

Nuestra esperanza la debemos encontrar fundamentalmente en el Dios Trinidad. En la Encíclica *Spes Salvi*, Benedicto XVI nos recuerda que esta gran esperanza solo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. Dios es el fundamento de la esperanza [...] el Dios con rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo [...] Su Reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza. Solo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza (31).

Nuestra esperanza se fundamenta en el Padre, que nos invita a alegrarnos cuando encuentra la oveja extraviada, que nos convoca a una fiesta cuando recupera al hijo perdido (Lc 15,7.23.32)... Nuestra esperanza y alegría se fundamentan en el Hijo, que hace suyo el proyecto del Padre para que todos

La esperanza es el dinamismo fundamental de toda conversión

tengan vida y vida en abundancia y que lleno del gozo del Espíritu Santo dijo: Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has dado a conocer a

los pequeñitos. Sí, Padre, pues tal ha sido tu voluntad (Lc 10,21). Nuestra esperanza es un fruto del Espíritu Santo (Cf. Ga 5,22) que lo hace todo nuevo y nos ilumina y guía en nuestra misión de constructores del Reino. De ahí la invitación de San Pablo: Sean fervorosos en el Espíritu y sirvan al Señor. Tengan

La mirada de Dios es paciente, sin prisa, capaz de convivir con lo negativo

esperanza y sean alegres. Sean pacientes en las pruebas y oren sin cesar. Compartan con los hermanos necesitados y sepan acoger a los que están de paso (Rom. 12,11-13).

La mirada de Dios: fundamento de nuestra esperanza

El primer motivo de nuestra esperanza es el Dios compasivo y misericordioso que mira al mundo con profundo amor y ternura paterno-maternal. San Juan de la Cruz nos dice que el mirar de Dios es amar. Sabemos que en Jesús la mirada de Dios se hizo humana y cercana. El verbo ver es posiblemente uno de los que más se repiten en el Evangelio: a pescadores que convierte en discípulos, a Leví en el banco de los impuestos, a las muchedumbres de las que se compadece, al joven rico, a los niños que se le acercan, a los que llevaban la camilla, a la viuda de Naín, a Pedro después de la negación, al buen ladrón desde la cruz... Jesús de Nazaret mira a la gente y reconoce en cada persona su ser más profundo, ve lo mejor de cada una y así desata por dentro, libera y trae la curación, la salvación, la acción de gracias y la alabanza

(Fernando Negro Marco Sch. P.). Esta mirada es la que estamos llamados a hacer nuestra. Mirada que debemos vivir en una sana tensión entre la alegría por ver realizado el designio salvífico de Dios en nuestra historia y la esperanza de su culminación escatológica.

Estamos llamados, por consiguiente, a convertirnos a la mirada de Dios. Para mí fue muy iluminadora la presentación que, en la Asamblea de Superiores Generales del mes de noviembre de 2011, nos hizo el Padre Mario Aldegani, Superior General de la Congregación de San José de Murialdo, al hablarnos del servicio de autoridad y animación del Superior y su Consejo. En la parábola del trigo y la cizaña (Mt 13,24-30), podemos ver dos miradas, la de los discípulos y la de Dios. La mirada de los trabajadores, que seguramente era la de los discípulos, los lleva con una cierta ligereza a juzgar y a dividir el bien y el mal y a tomar medidas inmediatas, drásticas, cortantes. Es muy diferente la mirada de Dios, paciente, sin prisa, capaz de convivir con lo que es negativo. Porque la parábola nos dice que el trigo y la cizaña tienen que crecer juntos. Es bello también el que esta parábola sea una historia de miradas: la mirada de los siervos, que se fijan en las malas hierbas, en la cizaña; la mirada de Dios, que por el contrario se fija en el trigo bueno [...] he aquí, entonces, que la invitación de la parábola se nos presenta en toda su claridad: conquistar la mirada de Dios.

Benedicto XVI nos invita a mirar de manera justa a la humanidad entera, a cuantos conforman el mundo, a sus diversas culturas y civilizaciones. La mirada que el creyente recibe de Cristo es una mirada de bendición: una mirada sabia y amorosa, capaz de acoger la belleza del mundo y de compartir su fragilidad. En esta mirada se transparenta la

mirada misma de Dios sobre los hombres que él ama y sobre la creación, obra de sus manos. (Domingo de Ramos 2012).

Y el papa Francisco, como ya lo hemos visto, nos dice hablando de la mirada de Jesús a Mateo, que la fe comienza con un juego de miradas. Jesús nos ve primero: «Después de mirarlo con misericordia, el Señor le dijo a Mateo: «Sígueme». Y él se levantó y lo siguió. Después de la mirada, la palabra de Jesús. Tras el amor, la misión. Mateo ya no es el mismo; interiormente ha cambiado. El encuentro con Jesús, con su amor misericordioso, lo ha transformado. Y atrás queda el banco de los impuestos, el dinero, su exclusión. Antes él esperaba sentado para recaudar, para sacarle a otros, ahora con Jesús tiene que levantarse para dar, para entregar, para entregarse a los demás. Jesús lo miró y Mateo encontró la alegría en el servicio». Porque «la mirada de Jesús genera una actividad misionera, de servicio, de entrega».

Y en el discurso de Holguín en Cuba, el Papa amplía la mirada de Jesús a Mateo y nos invita a dejarnos mirar también nosotros: Y Jesús se detuvo, no pasó de largo precipitadamente, lo miró sin prisa, lo miró con paz. Lo miró con ojos de misericordia; lo miró como nadie lo había mirado antes. Y esa mirada abrió su corazón, lo hizo libre, lo sanó, le dio una esperanza, una nueva vida como a Zaqueo, a Bartimeo, a María Magdalena, a Pedro y también a cada uno de nosotros. Aunque no nos atrevamos a levantar los ojos al Señor, Él siempre nos mira primero.

La esperanza don y tarea

Nuestra esperanza histórica y escatológica no es por consiguiente una actitud fatalista ante un futuro que no vemos con claridad,

ni la podemos reducir tampoco a una resignación pasiva o a un optimismo ingenuo. El fundamento de nuestra esperanza es el Dios revelado por Jesús en el Evangelio. Es la mirada de Jesús que nos revela el amor misericordioso del Padre y nos abre los ojos a las necesidades de los demás. Nuestra esperanza escatológica nunca debe ser subterfugio para no comprometernos con nuestra historia.

La esperanza es un don, pero conlleva una tarea que se concretiza en signos significativos. Gustavo Gutiérrez en uno de sus escritos nos recuerda un pasaje iluminador del libro de Jeremías. El país está devastado, amenazado por los caldeos al norte y por los egipcios al sur, enfrentado en una guerra cuyas consecuencias sufre el pueblo judío. Estamos en los años previos al exilio de Babilonia. En esas circunstancias, viene un pariente para decirle que él, Jeremías, tiene el primer derecho a comprar las tierras que deja un tío de ambos. El profeta se pregunta qué puede significar un terreno en un país parcialmente destruido y del que la gente abandonaba sus propiedades y huía al extranjero. No obstante, de pronto se da cuenta de que el Señor le habla a través de ese hecho. Su tarea es levantar la esperanza de un pueblo, en medio de la

La mirada de Jesús genera actividad misionera, de servicio y entrega

crisis de su pueblo y de su propio abatimiento. Para hacerlo debe pisotear tierra y testimoniar con gestos concretos que todavía hay esperanza, que hay quien cree que las

circunstancias del momento pueden ser superadas (Cf. Jer 32,6-15).

Un terreno puede ser un proyecto que responda concretamente a las necesidades de los pobres, de los emigrantes, de los des-

La esperanza debe traducirse en fidelidad como respuesta a Dios, siempre fiel

empleados, de las víctimas de la droga y la violencia, de la trata... o a lo más específico del carisma fundacional. Un terreno puede ser no aferrarnos a nuestras responsabilidades cuando la edad avanza y saber confiar en los seglares para puestos de responsabilidad. Un terreno podría ser un plan interdisciplinario que implique a distintas congregaciones o provincias en un proyecto de servicio... Un terreno puede ser un proyecto a favor de los jóvenes con problemas con la justicia, o un proyecto al servicio de los niños de la calle. Un terreno puede ser un compromiso comunitario por vivir con mayor radicalidad el Evangelio y a hacerlo vida en nuestra misión. Un proyecto maravilloso puede ser un proyecto intercongregacional como el que estamos viviendo en Sudán del Sur.

Como consagrados necesitamos mucha creatividad evangélica y mucha solidaridad humana. No se trata de mantener a duras penas lo que tenemos sino de responder con amor y eficacia a las necesidades de nuestro pueblo hoy, especialmente de los más pobres y necesitados. No se trata de estirar el presente sino de construir el futuro. Nuestra misión es trabajar siempre y sin descanso

por un mundo más humano en donde todos podemos vivir como hermanos/as...

Se trata de una esperanza siempre inconclusa pero que nos impele a seguir caminando, a tener fe en las potencialidades humanas, a creer que un mundo diferente es posible, a descubrir el paso del Señor en la historia, a ser testigos del Dios de la Vida. En los tiempos difíciles hay una fácil tentación contra la esperanza: ponerse inútilmente a pensar en los tiempos idos o soñar pasivamente en que pase pronto la tormenta, sin que nosotros hagamos nada para crear los tiempos nuevos. La esperanza es una virtud esencialmente creadora; por eso cesará cuando, al final, todo esté hecho y acabado. (Mons. Eduardo Pironio).

Nuestra esperanza debe traducirse en fidelidad como respuesta al Dios siempre fiel, que con sabiduría y amor conduce nuestra historia de compromiso en compromiso sin saber cuál será la última palabra o el último paso. Se trata de una fidelidad en una búsqueda permanente y creativa. Se trata, en el fondo, de hacer una síntesis vital entre nuestra experiencia fundante y la realidad histórica. Nuestra identidad como lo dijo el Seminario de las dos Uniones de Superiores Generales de la Vida Consagrada en febrero del 2011, es una identidad en camino.

No podemos encerrarnos en el pasado y vivir de espaldas a las realidades de hoy. Ciertamente, debemos descubrir y ser fieles a nuestras raíces. Pero al mismo tiempo debemos hacer un esfuerzo semejante para desarrollar nuestras "antenas" y responder con creatividad a los problemas nuevos que hoy enfrentamos. Tampoco debemos cerrarnos en nosotros mismos y en nuestros problemas, sino mirar hacia delante, para estar atentos a las necesidades del mundo, como lo

estuvo Jesús ante cada miseria humana. El Evangelio, ilumina sobre la proximidad, el estar cerca, el hacerse cargo del otro y más de una vez de las circunstancias del otro, como nos lo ilustra la parábola del Buen Samaritano. No solo somos semejantes unos de otros, sino que tenemos que hacernos semejantes.

Ante la situación que hoy estamos viviendo algunos piensan que la vida consagrada está pasando por lo que definen como síndrome del Titanic. Se compara nuestra vida a un espléndido navío que se está hundiendo y de lo que se trata es de hacerlo reflotar. En una entrevista hecha al Padre Camilo Maccise, entonces Presidente de la Unión de Superiores Generales y Superior General de los Carmelitas Descalzos, decía que más que hacer reflotar la nave, tenemos que salir en las barcas salvavidas, llevando solamente lo que es esencial. Y uno salva lo esencial cuando no puede salvarlo todo; entonces tiene que escoger lo esencial y llevarlo a una playa segura y desde allí volver a construir algo que, a la luz de la experiencia, no se convierta en otro Titanic que acumule tradiciones e instituciones porque llegará de nuevo un momento en que se sumergirá.

Para nosotros lo esencial es mantener vivo el espíritu que nos es peculiar; lo esencial, es amar a Dios y al prójimo. Lo esencial podríamos añadir es vivir el Evangelio y sus valores gastando nuestras vidas por el Evangelio como nos decía y lo vivía San Pablo, en el servicio a los pobres y de todos aquellos que nos están confiados. Se trata realmente de un verdadero movimiento exodal que nos desinstala, ciertamente, pero que nos abre nuevos horizontes y nos muestra un futuro esperanzador. Más que un navío que hacer reflotar, la reconfiguración de nuestra

vida religiosa nos pide estar abiertos y dejarnos conducir por el Espíritu, que es como un viento que no sabemos de dónde viene y a dónde va. El viento sopla donde quiere; tú oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene, ni a dónde va. Así acontece con todo aquel que ha nacido del espíritu (Juan 3,8).

Conclusión

Hacer nuestra la mirada de Dios y mantener viva nuestra esperanza es confiar incondicionalmente en el Dios gratuito, sembrar confianza, abrir horizontes de sentido, comunicar e irradiar esperanza. El reconocimiento del totalmente Otro, es inseparable del reconocimiento del otro, nuestro hermano/a, el pobre, el extranjero, el inmigrante, el niño maltratado, la víctima de la guerra... cuyo rostro deformado ha querido Él que refleje su paso, su venida hacia nosotros, como lo reveló el rostro indefenso del niño en Belén, el rostro cansado recorriendo los caminos de Galilea, el rostro ensangrentado del crucificado.

Esperar significará para nosotros, esperar contra toda esperanza, apoyados en los siglos siempre débiles de su presencia, de su ausencia padecida y, desde esa debilidad sostenida por una fuerza que viene más allá

Es dejarnos conducir por el Espíritu que no sabemos de dónde viene y a dónde va

de nosotros, dar esperanza con nuestra compañía, nuestra acogida, nuestros servicios a aquellas personas, que, con su rostro necesitado, son la epifanía para nosotros de ese Dios que ha unido su destino al de ellos.

La llamada que nos hace el papa Francisco es abrazar el futuro con esperanza. Es una llamada a mirar hacia adelante y no quedar-nos atrapados en un pasado que ya no existe. Creo que todos estamos de acuerdo que un Instituto religioso no puede descansar en su vitalidad o sus realizaciones pasadas, sino que debe vivir en estado permanente de vocación es decir de incertidumbre y de disponibilidad de cara a su futuro; el futuro de una vocación que nunca ha dejado de acoger porque nunca ha dejado de responder. (Jean-Claude Guy)

No es fácil, y esto nos lleva a una elección, como nos decía la joven judía Etty Hillesum dos meses antes de ser recluida en un campo de exterminio. Hay que elegir. Pensar en nosotros mismos sin preocuparnos de los demás, o distanciarnos de nuestros deseos personales y entregarnos. Y para mí, esta entrega de uno mismo no es una resignación, un abandono a la muerte. Se trata, más bien, de sostener la esperanza donde me sea posible y donde Dios me ha puesto (Diario 6, 07, 1942).

Sí, a pesar de todo, la esperanza del Reino nos sostiene y debemos sostenerla. Una vez más los poetas con su voz y sus intuiciones nos alientan:

*Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas nuevas le han salido...*

*Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera*
(Antonio Machado).

El poeta francés Charles Péguy, a su vez, nos dice que la esperanza es como la hermana pequeña de la fe y la caridad, una esposa y la otra madre. Y caminan las tres juntas y parece que las dos mayores llevan a la pequeña, pero no es así, es más bien la hermana pequeña la que impulsa a sus hermanas mayores.

*Esta niña que parecía tan poquita cosa...
Y muchos se creen que las dos mayores llevan
a la niña de la mano, en medio, entre las dos...
Es ella, la de en medio la que va tirando
de sus dos hermanas...
Es ella la pequeña la que todo lo arrastra.*

PARA NUESTRA REFLEXIÓN

1. ¿Cuál es la esperanza que nos sostiene en medio de las desesperanzas de hoy? ¿Qué horizonte enfoca nuestra misión y nuestra vida fraterna en comunidad? ¿Qué caracteriza hoy nuestra esperanza?
2. A partir de la alegoría del terreno que compró Jeremías ¿qué terreno deberíamos comprar hoy nosotros para vivir con mayor radicalidad el Evangelio y a hacerlo vida en nuestra misión?
3. “Aprendamos a mirar como Él nos mira, compartamos su ternura y su misericordia con los enfermos, los presos, los ancianos, y en nuestras familias”. Dejemos que la mirada de Jesús “recorra nuestras calles” y nos devuelva “la alegría y la esperanza” (papa Francisco). ¿Es mi mirada como la de Jesús y a través de mí Jesús sigue recorriendo nuestras calles?



El virus somos nosotros

José Tolentino de Mendonça

CARD.- ARZOBISPO ARCHIVISTA Y BIBLIOTECARIO DEL VATICANO

En primer lugar, con la pandemia aprendimos que el término "viral" no solo se refiere a la reacción en cadena acelerada en estos tiempos nuestros de medios hiperconectados, donde cada día hay imágenes y noticias que se vuelven virales. Ese sería un significado casi inofensivo de la palabra "viral". Pero, como escribe la psicoanalista Julia Kristeva al respecto, "todo lo que procede por contagio o precipitación, tras un comienzo centelleante ligado al placer, termina en una explosión mortal". La explosión fue que descubrimos que los virales no son solo los ecos de la realidad: más virales que cualquier otra cosa pueden convertirse en la realidad misma, podemos ser potencialmente nosotros mismos. Y ante eso no tenemos suficientes defensas inmunológicas o conceptuales para un peligro que ya no es externo y localizado.

Cuando nos descubrimos a nosotros mismos como una amenaza, la interpretación que teníamos del mundo tiene que ser reevaluada.

Antes de que la pandemia haya terminado, Europa revive los estragos de la guerra, que presagian el impacto incontrolable de la aparición del mal. Un mal que, al igual que la fragilidad, fue uno de los signos de nuestro cambio de época. Por supuesto, nunca ha dejado de existir, pero hemos dejado de considerarlo un problema humano. Y de repente nos descubrimos indefensos, desamparados, sin preparación. ¿Es una solución la carrera hacia el rearme que actualmente recorre Europa? Hace unas décadas (¡no hace siglos!), el escritor Primo Levi dejó este testimonio sobre Auschwitz: "Sucedió contra todo pronóstico; sucedió en Europa... Sucedió y, en consecuencia, puede volver a suceder". La guerra y

sus expresiones son el producto de la banalización del mal, que es —no lo olvidemos— una posibilidad siempre real, siempre accesible, siempre practicable. W.H. Auden tenía razón al decir: "El mal nunca es extraordinario y siempre es humano. Está a nuestro lado y se sienta a nuestra mesa". La inhumanidad, la recaída en la violencia, el teatro de la crueldad, la aniquilación del otro, el fratricidio más despiadado son posibilidades constantes de lo humano. Y esto lo tenemos que aprender o reaprender. Porque es cierto que el ser humano puede dominar el mal que le habita, pero esto no es efectivo sin recorrer un camino interior. Y nos hemos ido desarraigando: hemos delegado la construcción de lo humano a la tecnología triunfante y hemos desertado de la vida interior. La Pascua de Jesús nos convoca en esta hora del mundo para rehabilitarla.



Dificultades de la vida consagrada hoy Conciencias que hacen posible el cambio*

Es necesaria una renovación de la perspectiva en el ámbito religioso que permita pasar de la patria perdida a la patria por descubrir, de la tierra poseída a la tierra prometida, dejando espacio a la imaginación.

Rino Cozza, csj
Thiene -Vicenza- (Italia)



¿ Por qué la vida religiosa ha llegado a esta situación tan difícil? La respuesta de quienes llevan tiempo reflexionando sobre ello es inequívoca: la situación en la que se encuentra es el resultado de una identidad prisionera de sí misma, de sus miedos y de una visión de sí misma que no le permite ver la misión dentro del futuro hacia el que Dios conduce a la Iglesia.

La ejemplaridad para hoy no puede inferirse como una repetición del pasado. De ahí las palabras de E. Bloch: “es necesaria una renovación de la perspectiva en el ambi-

to religioso, que permita pasar de la patria perdida a la patria en la que nadie ha estado todavía” [...] “de la tierra poseída a la tierra prometida, dejando espacio a la imaginación”.

Esto es lo que el *Sínodo sobre la Vida Consagrada*¹ esperaba en 1996, cuando indicó la oportunidad de “tener históricamente una mayor variedad de formas de vida consagrada”. Y unos ocho años después, el documento titulado *Caminar desde Cristo*, (n.12) decía que las personas consagradas hoy están obligadas a buscar “nuevas formas”. Esta indicación ya fue expresada en 1984 por J. M. Tillard, quien, en aquella versión condensada de la *Vita Consecrata* expresada en “Ante Dios y para el mundo” escribió: “la reducción del número de miembros es suficiente para mostrar que para la mayoría de las comunidades es necesario un cambio radical en la forma de su vida actual. Dentro de poco –proseguía– volveremos a encontrar, sin duda, la condición de los orígenes: grupos pequeños y dispersos, personalidades fuertes, estructuras muy flexibles, un estilo de oración homogéneo con el de toda la comunidad cristiana, fidelidad a los hombres y un amor sin reservas a Jesucristo.

Hoy, después de medio siglo, nos encontramos con un sabor amargo en la boca por haber despreciado que el criterio capaz de guiar las elecciones es principalmente la capacidad de leer

los signos del porvenir².

En esta reflexión me gustaría destacar algunas de las tomas de conciencia que la teología y la sociología nos han hecho llegar desde hace tiempo, gracias a las cuales ha

El criterio es la capacidad para leer los signos del porvenir

crecido la conciencia de una nueva época de la vida religiosa.

NADIE PUEDE SEGUIR SIENDO ÉL MISMO SIN EVOLUCIONAR

La constatación de que nadie puede seguir siendo él mismo sin evolucionar es un incentivo.

Solo recientemente nos hemos convencido de que “se muere de una identidad invariable”³. En otras palabras –como dice F. Alberoni– nadie puede repetir sin inventar⁴.

Hay una ley ineludible: nadie puede conservar el conocimiento sin aprender continuamente. Ocurre como en un organismo que deja de estar vigilante y cuidadoso. Se vuelve perezoso, no reacciona, dando así cabida al estancamiento y a la decadencia. En lugar de la innovación, la “rutina” se impone. Entonces, incluso la creatividad de las personas se extingue y es engullida por la mediocridad, porque “el orden del mundo (cosmológico, político, cognitivo e incluso mental) no es estático, no se define de una vez para siempre, sino que es histórico, es decir, se produce temporalmente, a través de un proceso de mutaciones”⁵. En otras palabras, podríamos decir que no es posible legitimar lo nuevo remitiéndose solo a la historia y a la identidad de los orígenes (salvo la crismática), sino que se trata de integrar en esa identidad lo que nunca ha existido. Es evidente, pues, que para la mayoría de los institutos históricos es necesaria una inmersión valiente y creativa en la crisis, porque –escribió Schillebeeckx– todo cambio radical parte de la afirmación de la primacía del futuro sobre el pasado. En consecuencia, la vida

religiosa, para salir del lugar marginal que ocupa en la conciencia colectiva de la Iglesia, necesita principios orientadores que la lleven a no ser excluida de aquellos círculos de vida que están en sintonía con las legítimas necesidades de hoy, fortalecidos solo por el Evangelio redescubierto, cuyo mensaje dice que el cristiano nunca es una persona “acabada”, porque la identidad es un recipiente siempre abierto, es un proceso que nunca se detiene.

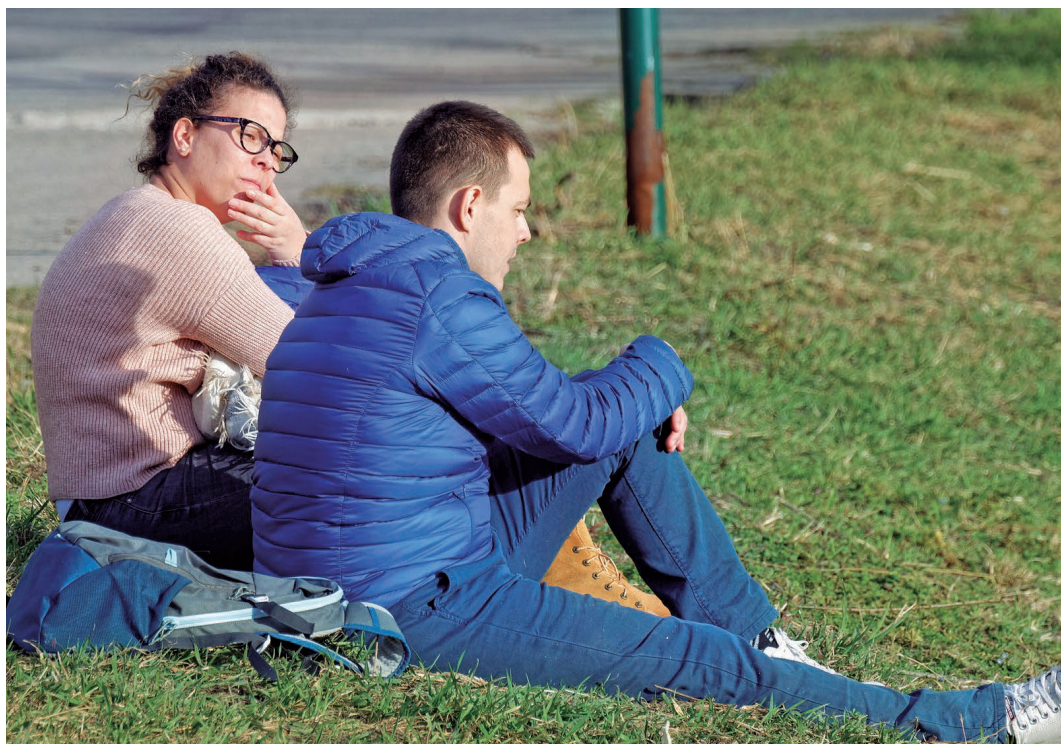
No se trata de negar el pasado, sino de ir más allá, por ejemplo a partir del año 1500, época en la que fue sobre todo la atención a una necesidad de la sociedad lo que dio lugar a un instituto, que definió su finalidad apostólica alimentada por una dimensión espiritual. Era una época en la que la “acción” construía, de derecho o de hecho, un tipo de comunidad funcional a la mayor eficacia apostólica –así se pensaba–, con el riesgo de apoyarse en una concepción corporativista para la que lo que se mantenía unido era el sistema de valores y funciones, lo que bastaba para reconocerse como hermanos y hermanas, independientemente de la calidad y el número de las comunicaciones directas.

Esto continuó incluso después de la revolución francesa hasta mediados del siglo XIX, con la proliferación de congregaciones,

sobre todo a instancias de las necesidades sociales de la época, que seguían patrones comunitarios de impronta principalmente jesuítica, mezclados con esque-

mas de tipo monástico “en los que predominaba un ascetismo rígido, la uniformidad, las prácticas espirituales y devocionales, la observancia regular”⁶.

Hay variedad de expresiones de vida evangélica, ninguna ha de absolutizarse



Providencialmente, a partir del Concilio Vaticano II, comenzó a soplar un fuerte “viento” que hinchó las velas de la perenne creatividad evangélica. De este modo, “empezaron a surgir nuevas propuestas desde diversos ámbitos que, por su espontaneidad y entusiasmo juvenil, trazaron caminos nuevos, muy dinámicos y estimulantes”⁷. Un cambio que esta vez no vino de la mano de los «profesionales de la religión», sino de aquellos que, al plantearse la pregunta “¿qué debo hacer para tener vida?” vieron la respuesta dentro de los nuevos horizontes eclesiológicos donde los laicos eran los protagonistas: Laicos y laicas que, con la libertad debida a no haber sedimentado las soluciones históricas y jurídicas del pasado, dieron el pistoletazo de salida a inéditas formas de vida evangélica capaces de interceptar las nuevas instancias espirituales, culturales y sociales de las que Juan Pablo

II diría - “manifestación de energía y vitalidad eclesial que debe considerarse ciertamente uno de los más bellos frutos de la vasta y profunda renovación espiritual promovida por el último Concilio”⁸.

Todo esto ha venido a decir que puede haber muchas expresiones de vida evangélica, y ninguna de ellas debe ser absolutizada, sino conciliada con manifestaciones típicas de diferentes eclesiologías, y diferentes teologías de la vida evangélica, que dan testimonio de la posibilidad de diferentes formas de vivir la única comunión”⁹.

NUEVA PERSUASIÓN LLENA DE FUTURO

Una nueva persuasión llena de futuro radica en la creencia de que “ha llegado el momento en que la fraternidad no dependa de un único tipo de vida comunitaria monástica-conventual”.

C. Maccise tras una larga experiencia de gobierno de su orden, afirmó que “la vida fraterna necesita formas de expresión que revelen trazos diversificados de sentido, que pasen de un concepto prevalente de convivencia de la comunidad a uno comunitario para reproponer lo esencial en el mundo de hoy, porque el mundo un tanto autista en el que se mueve le impide dar actualidad, presencia e impacto histórico a las llamadas del Evangelio en respuesta a las expectativas actuales. Hoy en día, no permitir esta configuración significaría en muchos casos condenar a la comunidad a seguir viviendo con un espíritu comunitario poco articulado.

Nuevas experiencias han mostrado que en el Evangelio, reconocerse como comunidad no se refiere a los que “viven juntos”, sino a los que, en el esfuerzo por sintetizar la Palabra y la vida, proclaman para compartir una alegría con el lenguaje de la experiencia, y se interrogan como comunidad en relación con el contexto en el que están insertos. Este proyecto comunitario que en Hechos (2,44) se expresa en los términos “estaban juntos” (*koinonia*) no significa vivir juntos en sentido local.

La *koinonía*, con sus ejes de acogida y de perdón –escribió Tillard, que figura entre los autores de *Perfectae caritatis*–, no debe confundirse necesariamente (al menos para las comunidades de vida apostólica) con una presencia simultánea perpetua que realiza la situación idílica de una familia de la época premoderna. Ser comunidad debe encontrar un ritmo en el que los tiempos fuertes de presencia juntos (no necesariamente diarios) asuman su importancia y su función simbólica, y no necesariamente un estar juntos en un sentido localmente temporal.

OTRA CONCIENCIA DEL FUTURO

Es ahora cuando la gente se da cuenta de que, para que la vida consagrada tenga sentido, no bastan las señales de eficacia del aparato institucional. Con estos términos nos referimos a todo lo que está en función de la organización, que es ciertamente importante si su fuerza de inercia ayuda a ir más allá del tiempo, pero su limitación –como decía el teólogo Metz¹⁰– es que “no sueña, y si sueña apenas lleva los sueños a la madurez, porque le falta pasión”. De ahí que se antepongan los signos de nobleza evangélica a los de eficacia, lo que no le priva del simbolismo del poder, la visibilidad y la aclamación. Los años comprendidos entre los sesenta y los setenta del siglo pasado fueron de máximo prestigio: la edad media de los religiosos oscilaba entre los



treinta y cinco y los cuarenta años; las casas de formación estaban todas renovadas, ampliadas y llenas; las obras eran ricas en reconocimientos. Pero estos mismos años fueron aquellos en los que la vida religiosa empezó a ver herida su grandeza, su poder y su estatus¹¹.

¿EL CAPÍTULO GENERAL SIGUE TENIENDO SENTIDO?

Además, el capítulo general, instrumento institucional nacido en función de pensar el carisma en un horizonte de sentido para los nuevos contextos, debe ser relativizado con respecto al dinamismo de la vida consagrada. Hoy ha terminado por verse más del lado de las “indicaciones para flotar que de los estímulos para navegar” hacia los nuevos contextos.

A nadie se le escapa que en los últimos sesenta años no ha habido capítulos que hayan sido capaces de establecer unidades de crisis capaces de dar lugar, por ejemplo, a varias “tablas de pensamiento” nuevas que generen una nueva conciencia”, donde la preocupación no sea arreglar lo que ya no se puede arreglar.

Esto no quiere decir que las reuniones de alto nivel y de carácter plurianual no tengan una finalidad. Me explico con un ejemplo: después del Capítulo de un instituto, alguien preguntó a un grupo de compañeros: “¿Cómo ha ido el capítulo? “Muy bien”, fue la respuesta, “y ahora”, continuó el entrevistador, “¿qué va a cambiar?”, “nada o casi nada”.

El experimento se repitió con resultados similares en otras cuatro congregaciones.



De esta afirmación aparentemente antitética, me parece que la aserción positiva va sobre todo a indicar la necesidad de un encuentro con un valor predominantemente carismático y espiritual, necesario para los fines de la comunión que pasa por conocerse, reconocerse, celebrar, colaborar, reciprocidad, mutualidad, corresponsabilidad, pero al mismo tiempo, esta respuesta significa que, especialmente en la sociedad de la comunicación instantánea, las intervenciones realizadas, como en este caso, una vez cada seis años no afectan al “*continuum*” del movimiento evolutivo, con referencia a las áreas geográficas y a las diferentes culturas, especialmente si las intervenciones se expresan a través de deliberaciones que tienden a la homologación.

Por último, la distancia entre el aparato institucional y el mensaje puede remontarse a la forma de gobierno y a la expresión de la autoridad en los distintos niveles institucionales.

En el siglo IV, según Basilio (330-379), la persona que ejerce la autoridad “no es la cabeza, ni puede llamarse representante de Dios, sino que es el ojo vigilante, amable, discreto y considerado”¹². Pero después de Constantino, y más aún después de Teodosio, cuando el cristianismo se convirtió en la religión del Imperio—escribe Schillebeekx—¹³ comenzó a arraigar en la Iglesia una actitud jerárquica contraria a la verdad del Evangelio. Alonso Rodríguez: es realmente una odisea que para definir la autoridad en la vida consagrada, los juristas no hayan encontrado otras expresiones menos infelices que “*potestà dominativa*”¹⁴, término

también presente en el Código de Derecho Canónico de 1917 (canon 501§i) en uso hasta 1983. No será extraño entonces que también en el Código actual (por ejemplo el can.630§4) se encuentre el término “súbdito”, lo que se explica—como dijo Y.Congar—

por un contagio de paganismo”¹⁵, aunque solo sea por el hecho de hacer “señores” a aquellos cuya vocación—dijo Jesús—es ser “siervos”. Hoy, como prueba de que

algo de la cultura secular no evangélica sobrevive, está el recordatorio de “A vino nuevo, odres nuevos” que dice: “la persistencia de prácticas de gobierno que se alejan y contradicen el espíritu de servicio, hasta degenerar en un autoritarismo sin forma, no puede sino ser motivo de preocupación”¹⁶.

SITUAR A LA IGLESIA EN EL MUNDO

También es estimulante la conciencia de tener que pasar de colocar el mundo dentro de la Iglesia a colocar la Iglesia dentro del mundo.

En la indicación del papa Francisco de “mirar al mundo no como una amenaza sino como el propio claustro”¹⁷, se invierte la perspectiva original de la vida religiosa que veía su razón de ser en la huida del mundo. Esta inversión se debe a la creencia, como se afirma en *Ecclesiam Suam* (n.18) de Pablo VI, de que: “el mundo no puede salvarse desde fuera, sino que es necesario, como Aquel que se hizo hombre, identificarse, en cierta medida, con las formas de vida de aquellos a los que se quiere llevar el mensaje de Cristo; es necesario compartir, sin poner una distancia de privilegios, o un diafragma de lenguaje

En el futuro no puede haber carisma fuera de contexto

incomprensible, si se quiere ser escuchado y comprendido”¹⁸.

El teólogo conciliar M. D. Chenu observó que solo aceptando la evidencia del mundo en profundidad, solo creyendo profundamente en él, será posible reubicar y hacer reaparecer a Dios y a Cristo desde dentro. En ella se ofrece a la vida consagrada la oportunidad de recuperar su capacidad fecunda, de decir a Dios de una manera nueva, y de hacerlo aparecer en su belleza acogedora y hospitalaria del ser humano. Por lo tanto, la vida religiosa, para estar en línea con su misión, dijo el papa Francisco, debe hacerse “capaz de encontrar a la gente en su calle”, en sus casas y no solo en sus propias instituciones [...] y “si os habéis distraído, o peor aún, si no conocéis este mundo contemporáneo sino que solo conocéis y frecuentáis el mundo que os conviene o que os atrae, ¡es urgente la conversión!”¹⁹.

Todo esto se puede resumir en una expresión: En el futuro, no puede haber carisma fuera de contexto. *Contextus* significa tejer, entrelazar, conectar, hasta el punto de convertirse en un marco normativo; por tanto, no puede reducirse a un telón de fondo, sino que debe ser un elemento que desempeñe el papel principal en la construcción de la acción de la vida religiosa que, en una cultura en la que el cambio es sistémico, significa vivir el presente con la vista puesta en el futuro.

De ello se desprende que una cultura solo puede vivir larga y sanamente si es un sistema abierto que se alimenta del intercambio vital con otras culturas. Así, un cierto grado de hibridación es la vida de los sistemas culturales.

El papa Francisco sigue repitiendo que una Iglesia “cerrada”, encerrada en sí misma, que no se abre, es una Iglesia enferma. Estas

son las palabras con las que nos invita a no centrarnos solo en nosotros mismos y en lo que favorece la conservación frente a la proyección hacia el mundo y sus problemas porque las respuestas del Señor surgen siempre dentro de un “aquí y ahora”, por lo que la evangelización debe apoyarse en la positividad del mundo más que en los peligros del mundo, con una disposición a estar en el mundo, a vivir en él, a no “beneficiarlo” desde fuera sino a compartir sus angustias, siendo éste no solo un espacio de acción sino un elemento decisivo en la construcción de la acción apostólica. 

* Artículo publicado en italiano en la Revista Testimoni (febbraio 2022).

1 Vita Consecrata (n.3).

2 Mazzolari P.

3 B. Saraceno, Prendersi cura degli altri in AA.VV II Saggiatore Milano 10 51.

4 F. Alberoni, /'ott/m/'sno-Rizzoli pag.43.

5 M. Guzzi in Religiosi in Italia, pag. 166 del n.4 luglio-agosto 2002.

6 F. CIARDI, Koinonia, pag.149

7 S. P. ARNOLD, Dove ci porta il Signore- Paoli ne pagali.

8 Discorso ai movimenti ecclesiali riuniti per il secondo colloquio internazionale, 2 marzo 1987.

9 Cfr: "La vita fraterna in comunità" (n.10)

10 F. X KAUFMANN, Capacità di futuro Oueriniana p.84.

11 R. Thimoty.

12 GRIBOMONT, Obéissance et évangile selon st. Basil, pag. 213.

13 E. SCHILLEBEEKX, Per una Chiesa dal volto umano, pag. 236

14 S. M: A. RODRIGUEZ, L'autorità nella ve. Un carisma di animazione e comunione, EDB, Bologna 2000, 28

15 Y CONGAR, Le développement historique de l'autorité dans l'église p.170-171

16 CVCV, Per vino nuovo otri nuovi, n.27

17 CARBALLO, Incontro della vita consacrata del Nodest ad Aquileia 2.6.2015.

18 Paolo VI, Ecclesiam suam, n.59

19 Udienza ai responsabili degli Istitui Secolari, 10.05.2014.



Prevención, confianza y buen trato

DANIEL PORTILLO TREVIZO

DOCENTE EN EL INSTITUTO DE ANTROPOLOGÍA
PONTIFICIA UNIVERSIDAD GREGORIANA

Con el paso del tiempo hemos aprendido que el abuso adquiere un dominio territorial inimaginablemente más grande, puesto que no solo lesiona la dignidad de la víctima, sino que lastima también a su entorno. Por ende, la prevención no solo tiene como desafío la creación de los protocolos y los códigos de conducta, sino también implica reflexionar seriamente algunas cuestiones teológicas de fondo. Me gustaría centrarme, aunque de manera muy sintética, en dos de ellas: la pastoral de la confianza y la conversión del buen trato.

El escándalo de los abusos, sin duda ha lastimado y quebrantado el valor de la confianza, sobre todo en algunas de las realidades en donde

las víctimas padecieron la indefensión, la persecución y la incomprensión. La pastoral de la confianza implica la reconstrucción del tejido relacional, la manera sana de establecer vínculos en la Iglesia. Para cualquier creyente es indispensable la confianza, sin duda es un elemento esencialmente constitutivo para que sea posible la praxis de la fe, defraudarla equivale a traicionar la responsabilidad ética de los creyentes. Sin este elemento, no hay acción evangelizadora, propuesta pastoral y acciones orgánicas que puedan realizarse.

Por otro lado, está la conversión de buen trato. Por utópico que parezca, de lo que verdaderamente se tiene necesidad es de una prevención entendida en clave de

“conversión”; desde esta perspectiva, se abarca la totalidad de cuanto la Iglesia hace y enseña en coherencia con lo que cree, ora y celebra, así como en su modo de promover las sanas relaciones. De tal manera que si nos remontamos al Evangelio, origen fundante de nuestra fe, comprenderíamos que esta crisis eclesial nos ha provocado una necesaria “conversión de trato” una “metanoia de relación”.

El buen trato dignifica, afianza, consolida, reconstruye y unifica a la persona, le hace capaz de volver a mirarse y descubrirse valiosa. En conclusión, sin una conversión de buen trato la prevención en la Iglesia se convierte en disimulo, en una falacia de protocolo que se traduce en hipócritas acciones.



Contexto y alcance eclesial del «Motu Proprio» *Competentias quasdam decernere**

Empezaré señalando a qué nos referimos cuando hablamos del contexto de una norma. Desde él podremos referirnos sucesivamente a su alcance eclesial, intentando captar lo que puede estar en juego con la introducción de estos cambios, especialmente para la vida consagrada.

Manuel J. Arroba Conde, cmf

Decano del Pontificio Instituto Juan Pablo II (Madrid)

EL CONTEXTO

En derecho canónico el contexto es el segundo criterio hermenéutico de entre los varios establecidos en el c. 17 para interpretar las normas. Sucede al criterio del significado de las palabras (el texto) y precede a otros también importantes, como el de los lugares paralelos, la finalidad y circunstancias de la ley y la intención del legislador. El canon une el recurso a éstos últimos criterios interpretativos cuando el contenido de una ley sea oscuro. Una parte de la doctrina, sin embargo, por su mayor sensibilidad a evitar la esclavitud de la letra de la ley, insiste en la utilidad de tener siempre presentes todos los criterios, para captar mejor el espíritu que la anima, independientemente de cuanto pueda considerarse oscuro o claro el texto de la norma.

Es cierto que buena parte del cambio consiste en modificar el texto de ambos códigos, disponiendo que lo que antes era aprobación, sea a partir de ahora confirmación. Para entender y aplicar el cambio puede parecer suficiente un diccionario que ilustre la diferencia entre aprobar y confirmar. Sin embargo, el c. 17 dispone que el significado textual de una norma, aun cuando parezca clara, no debe separarse de su contexto.

El contexto viene dado, ante todo, por el conjunto de disposiciones en el que está ubicada una norma; en efecto, para captar su significado, pueden iluminar el título, el capítulo, la parte u otros epígrafes de los que forme parte. Pero por contexto, siempre según esa parte de la doctrina más abierta, se debe entender también el acontecimiento o circunstancia eclesial de los que la norma quiere ser traducción disciplinar. Esta idea deriva de lo que se afirma en la constitución apostólica *Sacrae Disciplinae Leges* con la que Juan Pablo II promulgó el CIC, donde

advierte que sus disposiciones deben ser interpretadas a la luz del Concilio Vaticano II, un contexto eclesial imprescindible para aplicar el código. Lo mismo cabe decir sobre la reforma de los procesos de nulidad del matrimonio, cuyo contexto no es otro que la reflexión sinodal reciente sobre la familia.

Respecto al texto que nos ocupa, el contexto legislativo tiene menor interés, por tratarse de disposiciones esparcidas en varias partes de los códigos latino y oriental, con lo que no hay lugar para referirse a un contexto normativo común. Es más útil tratar de situar los cambios en un contexto eclesial más amplio que, en este caso, creo esté constituido por la reforma de la ley sobre la Curia Romana (esto es, la Constitución Apostólica *Predicate Evangelium* que sustituirá la *Pastor Bonus*), cuyo hilo conductor al formular sus disposiciones está marcado por la búsqueda de nuevos equilibrios en las relaciones entre las instancias locales del gobierno eclesial (las de Iglesias particulares y de otras instituciones) y la instancia de la Iglesia Universal (la Santa Sede). El esfuerzo está consistiendo, sobre todo, en predisponer una disciplina que acreciente la conciencia de la unidad en la pluralidad, sin sofocarla por un exceso de centralismo y sin impedirla por veleidades autóctonas injustificadas y arriesgadas.

La reforma de la constitución sobre la Curia Roma se emprendió hace varios años; por pretender un texto que pueda ser estable en un futuro suficientemente prolongado, su elaboración está resultando lenta y compartida, no sólo por los organismos centrales directamente afectados, sino también por otras instancias, entre las que están algunas universidades y, sobre todo, esa instancia intermedia que constituyen las conferencias episcopales, cuyo fundamento eclesiológico

se ha cuestionado mucho hasta tiempos todavía recientes, mientras ahora se consideran dignas de ser valorizadas, por constituir una oportunidad de crecimiento en la colegialidad y en la comunión efectiva y afectiva. Esa comprensible lentitud en la promulgación final de la nueva constitución no ha impedido al legislador adelantarse, a través de disposiciones dadas *motu proprio*, a modificar la disciplina vigente sobre la organización y competencias de la Curia.

Algunos de esos cambios adelantados por el legislador han consistido justamente en modificar la exigencia de aprobación de alguna materia por parte de un organismo de la Santa Sede, transformándola en mera confirmación. El primer momento en el que el Papa actuó de ese modo tuvo por objeto la traducción de los libros litúrgicos. Lo hizo con el *motu proprio* *Magnum principium* (11.10.2017) para aplicar mejor el contexto conciliar del código, donde en el c. 838 se establecía como una revisión (*recognitio*) el tipo de control que la *Sacrosantum concilium* n. 36 confía a la Santa Sede en términos de *approbatio seu confirmatio*. Se modificó pues el c. 838 sustituyendo *recognitio* por *confirmatio* y se introdujo un párrafo en el que se confía la *approbatio* a la conferencia episcopal.

EL ALCANCE

Por el significado de las palabras, aprobar y confirmar, no sería fácil captar que se trata de niveles de intervención con diferente alcance. En algo ayuda su utilización en otras partes del ordenamiento canónico (lugares paralelos), aunque no siempre. Basta pensar a la confirmación de una elección canónica, que poco tiene que ver con la confirmación de otro tipo de decisiones. Puede decirse que la aprobación vertical (por una

autoridad superior) significa que ésta adhiere a lo que aprueba como co-autor, por lo que aprobar puede incluir modificar, resultando una intervención más invasiva que la confirmación; ésta última puede entenderse como un control desde fuera para garantizar la coherencia de la decisión y convertirla en “firme”, esto es, haciéndola eficaz. El papa aprueba con los demás obispos las decisiones del Concilio, pero se reserva solo a él la confirmación.

Aun con esta razonable interpretación de cada tipo de intervención, es útil recurrir a los restantes criterios hermenéuticos, sin estancarse en estériles etimologías. En nuestro caso, al exponer los motivos de estas normas, el legislador da las claves desde las que entender los cambios: se trata de conjugar mejor la garantía de unidad en la disciplina y la dinámica de la comunión eclesial con el valor de la proximidad; se hace mención explícita de la exigencia de una sana descentralización sin menoscabo de la dimensión jerárquica, así como del deseo de favorecer la colegialidad de Pastores, conferencias episcopales o estructuras sinodales orientales, y Superiores Mayores. A ello se añade la intención de secundar los principios de racionalidad, eficacia y eficiencia, además de animar a una acción de gobierno local que se desenvuelva en esas mismas claves.

Podemos pues decir que el alcance eclesial de estas modificaciones supera el de las competencias y materias afectadas. Los cambios son una muestra más del deseo de afianzar una cultura y dinámica de comunión donde se estructuren mejor los distintos niveles de responsabilidad de quienes están llamados a interactuar en un mismo camino de discernimiento, sin los desequilibrios que en otros momentos se han verificado, al acentuar la garantía de unidad disciplinar

en detrimento de la responsabilidad de quien actúa en el nivel más cercano a la realidad. En esta hora de la Iglesia se considera más necesario, eficaz y rápido acentuar la responsabilidad de estos últimos. Es obvio que no se trata de dirimir prerrogativas sino de disciplinar una relación constructiva entre los dos niveles de autoridad llamados a interactuar.

En realidad, si se piensa con más detención al ejemplo de los dos tipos de intervención papal sobre las decisiones del concilio, se puede afirmar que la aprobación, por tratarse de la autoría misma de las decisiones, constituye el ámbito más directo en el que poder asumir las exigencias que provienen de la cercanía a la realidad misma sobre la que se interviene; la confirmación, en cambio, puede entenderse como juicio posterior sobre la coherencia y conformidad de una decisión con las exigencias sustanciales que tutela la disciplina eclesial general o común sobre cada asunto y materia.

No quisiera dejar de advertir que, a pesar de lo dicho sobre las exigencias actuales en cuanto a la dinámica de la comunión eclesial, en este mismo periodo ha habido algún cambio en el derecho de religiosos de signo contrario. Me refiero a la erección de los institutos de derecho diocesano, remitida al Obispo, anteriormente solo con consulta previa a la Santa Sede, ahora con su preceptiva aprobación. Tal decisión en contra-tendencia, además de manifestar a las claras (en caso de que hiciera falta) de que en este terreno no cabe razonar como si estuviera en juego algo perteneciente al derecho divino, nos advierte de algo que sí es esencial, de lo que no siempre somos del todo conscientes. Me refiero a la primacía de las exigencias de la misión por encima de la

necesidad de organizar la comunión y de establecer la correspondiente distribución de competencias. El derecho canónico debe modularse al hilo de la Norma Missionis, de forma que si algo no está funcionando o respondiendo a lo que exige la misión y el bien común (como parece que ocurría, al menos en ciertos lugares, con la remisión al Obispo de la aprobación de sus institutos de vida consagrada), hay recursos para regular la materia de otra manera más eficaz.

Es importante advertir que el valor de la eficacia, afirmado entre los que se quieren reforzar con estos cambios, no puede ser interpretado por los Superiores Mayores como valor en tensión, detrimento o, todavía menos, en oposición, a los valores de comunión y participación de los implicados en sus decisiones de gobierno, sea de las establecidas como decisiones colegiales, en sentido estricto, sea de las que requieren, al menos, una consulta previa a los miembros de su consejo. Nunca se puede considerar más eficaz decidir sin consultar que promover una implicación lo más extensa posible en las decisiones de gobierno, incluida la de los propios afectados por las mismas. Es el mejor modo de declinar el principio de “hacerse cargo de la realidad” con el de asumir la propia responsabilidad de gobierno. Al mismo tiempo, sería contrario al contexto y alcance eclesial de estas normas, que las instancias cercanas (superiores provinciales) se entregaran a la lógica de escurrir el bulto de su responsabilidad más específica o que se preocuparan primariamente de ejercerla según el gusto de las instancias superiores. 

** Carta Apostólica en forma de «Motu Proprio» que ha entrado en vigor el 15 de febrero de 2022.*



Llamadas a la acción desde los religiosos más jóvenes

Jorge A. Sierra

HERMANO DE LA SALLE

DELEGADO DE PASTORAL DEL DISTRITO ARLEP DE ESPAÑA Y PORTUGAL

“Estamos de Capítulo General”. Después del retraso obligado por la pandemia, como les ha ocurrido a otras muchas familias religiosas, en el mes de mayo de 2022 celebraremos nuestro 46.º Capítulo General con el lema “Construir nuevos caminos para transformar vidas”, que un servido ha tenido el humilde privilegio de ayudar a preparar.

Entre los muchos informes que llegan a los capitulares, una asamblea internacional de los Hermanos más jóvenes ha enviado no tanto una colección de ideas o propuestas como unas “llamadas a la acción”, algunas más que llamadas “gritos esperanzados”, que creemos pueden ser de interés para todos, no solo por su necesidad, sino por de dónde vienen, porque sí, aún hay religiosos/as jóvenes y con ilusión.

Una ilusión porque entre esas llamadas se empieza pidiendo un mayor compromiso con el crecimiento de la cultura vocacional, entendida como el ambiente y espacio que permite que todas las personas se planteen su vocación, el sentido de su vida y su compromiso con los valores del evangelio. No tiene que ver con los números (que a veces son tan dolorosos), sino con la inclusión, con facilitar experiencias y con estar. Los jóvenes nos piden a los religiosos que estemos con ellos y entre ellos, saliendo del “siempre se ha hecho así”, porque nuestra presencia sigue siendo necesaria y enriquecedora.

La segunda llamada nos habla de hacer realmente posible la interculturalidad, que va más allá de formar comunidades mixtas, un

paso imprescindible, por otra parte. Es un ámbito donde necesitamos avanzar mucho, como refleja un libro reciente y recomendable: *Comprometernos con la diversidad*, editado en Verbo Divino por M. Cimperman y R. P. Schroeder.

Por último, no puede faltar la llamada a comprometernos más y mejor con los más empobrecidos. Las llamadas a la acción tienen que concretarse en hechos concretos y los religiosos/as más jóvenes nos recuerdan que las nuevas vocaciones no deben destinarse al mero mantenimiento de estructuras, a la supervivencia, porque el crecimiento que estamos viviendo implicará también muerte, como el grano de mostaza de la parábola de Jesús. ¿Respondemos a esas llamadas aquí y ahora?



Jesús camino, verdad y vida... y «los discípulos del camino»

La sinodalidad tiene raíces más profundas que cuanto pueda evocar la mera organización de reuniones internas de la Iglesia. Ante todo, es un modo de vivir y de obrar del Pueblo de Dios

Aquilino, Card. Bocos Merino, cmf

Levamos ya unos meses hablando de sinodalidad. Considero que nos conviene preguntarnos: ¿cómo hacer operativa esta sinodalidad en la que somos llamados a estar implicados como miembros del Pueblo de Dios?

Ante todo, hemos de creer firmemente que caminamos bajo la acción del Espíritu Santo, que es quien convoca, inspira, guía

y sostiene su Iglesia. El pueblo de Israel, cuando caminaba por el desierto, sentía la presencia, la protección, la compañía de la nube, que era el símbolo del Espíritu sobre la Iglesia peregrina por este mundo. Nosotros caminamos en pos de Jesús hacia el Padre, bajo la presencia del Espíritu Santo. Solo se nos pide que discernamos y acojamos la voluntad divina que se nos muestra

a través de los signos y acontecimientos que nos rodean y de los hermanos y hermanas que peregrinan como nosotros.

Ahora bien, si queremos hacer operativa la sinodalidad de la que hablamos, parece conveniente fijar la atención sobre algunos verbos que debemos conjugar en la primera persona del plural: “Nosotros”. Este “Nosotros” incluye: obispos, sacerdotes, consagrados y laicos. Todos los miembros del Pueblo de Dios que tenemos una misma vocación a la fe, a la fraternidad y a anunciar la Buena Nueva del Reino.

Enumero y comento estos verbos que ponen un correctivo a nuestro egocentrismo y a la indiferencia y promueven la concordia y el compromiso por la transformación del mundo según el designio de Dios.

CONVIVIR

Estamos viviendo con otros, hombres y mujeres, que son amados por Dios, son nuestros hermanos en Cristo Jesús y son compañeros de camino. Existimos, coexistiendo, como vivimos conviviendo. No estamos solos, ni vivimos solos, como no nos salvaremos solos. En la vida nos hacemos responsables los unos de los otros, de ahí que la participación y la corresponsabilidad sean fuerzas motoras de la sinodalidad. ¡Cuidemos de que nadie sufra la soledad ni la marginación!

AGRADECER

Cada uno de cuantos estamos caminando es un don y una oportunidad para conseguir la meta. La sinodalidad se hace operativa desde la gratitud a Dios y a cuantos caminan con nosotros. El agradecimiento es un ejercicio de memoria de dónde venimos y de todo lo que hemos recibido. A la vez, es un impulso que transforma nuestras actitudes

y nos lanza hacia el futuro con esperanza. Vivir agradecidos implica que hemos comprendido el sentido profundo de estar vivos y de tener hermanos. El agradecimiento mantiene gozoso el fluir de la vida. La Iglesia es una gran comunidad de agraciados y agradecidos.

AMAR

Este verbo es decisivo. ¿Qué sinodalidad puede haber sin la caridad, sin el amor fraterno? Sin amor, todo estaría vacío de contenido y sería una farsa. Se guardarían los modales o las relaciones serían meramente funcionales. Pero la caridad, el amor que nace del corazón traspasado de Cristo, es el alma de su Iglesia. Participamos en el amor que Dios nos tiene y que nos salva. Este amor es el impulso interior de nuestro caminar juntos hasta llegar a la plenitud en el designio de salvación. No podemos dejarnos de amar.

INCLUIR E INTEGRAR

El amor, lejos de excluir y marginar, es fuerza inclusiva e integradora. Caminamos no en paralelo, sino incluyendo e integrando diferencias de sexo, edad, cultura y raza; acogiendo y cuidando de todos, particularmente de los débiles y más necesitados de ayuda.

ESCUCHAR

Escuchar a Dios, escuchar a los hermanos y hermanas, escuchar a la naturaleza y a los acontecimientos. Tener el oído atento nos permite caminar despiertos, intercambiar puntos de vista, acercarnos a la verdad y a la belleza y limar diferencias. En la escucha recíproca todos aprendemos, mejoramos, construimos. Cuando escuchamos, ejercitamos la reciprocidad en la información y

en el contar con otros. Escuchar a todos significa que se tiene en cuenta al pobre, al marginado, al perseguido, al que no tiene techo.

CONFESAR

la fe es testimoniar que somos hijos del Padre, hermanos en Cristo, enviados por su Santo Espíritu. Porque creemos, celebramos el Misterio de la vida, de la muerte y de la resurrección del Señor hasta que vuelva. Así, renovamos nuestra condición de bautizados, de confirmados y de alimentados por la Eucaristía. Esta confesión nos urge a salir de nosotros mismos, nos hace libres y disponibles para pregonar en todas partes el Evangelio y para compartir la vida con los que necesitan nuestra ayuda.

ORAR JUNTOS

La sinodalidad se mantiene viva y crece en la incesante oración. Orar como Jesús nos enseñó: Padre Nuestro que estás en el cielo. Esta oración es adoración, es mirada a nuestro alrededor, es acogida de todos sin excepción, despierta humildad, estrecha vínculos, mantiene viva la esperanza y aumenta la perseverancia ante las dificultades en el caminar. Tenemos a María, la madre de Jesús y de la Iglesia al alcance de nuestra plegaria. Ella es la Madre de los vivientes, la nueva Eva, que cuida de sus hijos.

PERDONAR

Como indica el Padre Nuestro: pedimos perdón y nos perdonamos. Este ejercicio de reconciliación es inherente a la sinodalidad. Supone humildad y generosidad. Son muchas las heridas que sanar y muchas las grietas que

reparar. Si nos perdonamos, crece en nosotros la libertad y el bienestar. Los que se resisten al perdón son esclavos de sus resentimientos y son víctimas de sus desavenencias. No hacen camino, se entretienen en dar codazos, en dispersar y en alejar a los “discípulos del camino”.

AYUDAR-NOS

En el camino unos se cansan, otros tropiezan, otros caen, otros tienen la tentación de abandonar, otros muestran su disgusto y oposición a la trayectoria seguida... Toda ayuda es poca. Es verdad que el auxilio nos viene del Señor, pero quiere contar con la aportación de cada uno de nosotros estando atentos, tendiendo una mano, cargando en las espaldas y, sobre todo, compartiendo la fe y ayudando a ponderar, a discernir y a elegir. Quizá hoy la mayor pobreza sea la carencia de sentido de la vida y de comprensión de lo que realmente nos está pasando. Caminar juntos adquiere validez y autenticidad en la proximidad y en la solidaridad. Siendo verdaderos samaritanos.

COMPROMETER-NOS

No vamos caminando por inercia, empujados, obligados. Ejercemos libremente nuestro compromiso por la verdad, la justicia y la paz, que son los valores del Reino. Mientras caminamos intentamos hacer realidad las Bienaventuranzas y las obras de misericordia. La Iglesia crece desde la sobreabundancia del bien que nos llega y lo convertimos en servicio para que “crezca el número de los que dan gracias”. 

Verbos que tenemos que conjuguar en primera persona del plural: Nosotros



Abrazados por los cambios

DANIELA CANNAVINA

CAPUCHINA DE LA M. RUBATTO. SECRETARIA GENERAL DE LA CLAR

Los cambios vertiginosos del tiempo actual, junto a los sentimientos de desconcierto e incertidumbre, ponen en la mesa de la reflexión una pregunta clave: ¿cómo ser religiosas/os en un mundo de cambio permanente? y también: ¿cómo seguir poniendo la mirada en Jesús, de quien procede nuestra fe y quien la plenifica ante tantas sacudidas? Para pensar en la respuesta, necesitaremos ciertos aderezos. Primeramente, una pizca de gran humildad... esa a la que nos invita Teresa de Ávila, la que nos hace caminar en la verdad. Luego, un deseo profundo de querer vivir en el Espíritu, quien nos impulsa a fortalecer un camino de comunión con quienes sienten los mismos interrogantes, recordemos que la vida religiosa no es la única zarandeada en este tema. Un tercer toque, será la de asumir una espiritualidad que integra el conflicto

como compañero de vida, conciliando puntos de encuentro, haciéndole frente a los diferentes intereses y evitando desarrollar respuestas defensivas que favorezcan el tirar agua para el propio molino en desmedro del cuerpo. Un cuarto aderezo, será el de sumergirnos en una espiritualidad que nos lleve a vivir con sentido la propia vocación, atendiendo a los desafíos que nos trae la Palabra de Dios y los signos de los tiempos. Y una quinta pizca, y tal vez la más relevante, será la de sentarnos para activar la escucha, el diálogo, el discernimiento comunitario y sondear incansablemente respuestas que no solo eviten sobresaltos y satisfagan nuestra búsqueda de serenidad, sino que movilicen y cuestionen la vida personal, las prácticas y los estilos de vida.

Los cambios permanentes nos mantienen vivos, siempre y cuando no nos dejemos llevar de las orejas por

ellos y los convirtamos en motivo de lectura y resignificación. Los cambios actuales nos urgen a dar respuestas a las diversas realidades, evitando clausurarnos sobre nosotros mismos en la preocupación de abastecer nuestras propias necesidades, lo que lleva como desencadenante el miedo a mirarnos de cara al hoy, el afán por afirmar la identidad a toda costa, el aislamiento y el cerrar las puertas a la diversidad. Cuando esto sucede se levantan fronteras y muros de gran altura que permean la entrada a los clamores y nos hacen sordos a sus resonancias.

Sigamos abrazando la aventura de reinterpretarnos en pleno movimiento, no seamos mujeres y varones altisonantes, caminemos identificados con el Maestro de los caminos, en comunión profunda con la Iglesia y con un gran amor a esta realidad que nos toca vivir. ¡Hagamos que suceda!



Sin miedo a la luz

Francisco Javier Caballero, CSsR

Presentamos este mes un libro necesario y difícil. *Donde sobreabundó la gracia, apareció el pecado* y desde esa clave, y en la línea de erradicar en la vida consagrada cualquier práctica de abuso, nace esta publicación del periodista del Vaticano Salvatore Cernuzio.

En el prólogo, Nathalie Beccquart, xmcj., Subsecretaria de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos, afirma: «Este libro nos invita, pues, a mirar de frente a la realidad, a decir la verdad, a identificar los caminos posibles para acompañar a las personas que sufren en la vida religiosa o que han salido de ella y deben reconstruirse a sí mismas. Pero, sobre todo, a encontrar la manera de prevenir estas posibles derivas, ayudando a la comunidad religiosa a adoptar un estilo más sinodal». Y justamente esta intención que apunta Nathalie es la que debemos subrayar a partir de la lectura de este texto: que la mala praxis no vuelva a darse y que se cuide, ante todo y so-

bre todo, a la persona. Para ello, los consagrados tenemos que reafirmar el estilo de liderazgo nacido de la inspiración y formación que no es otro que la corresponsabilidad y la sinodalidad.

Giovanni Cucci sj en la introducción del libro afirma que en casi todos los testimonios se dan los mismos ejes que sostienen el abuso de poder: personas en el ejercicio de autoridad durante muchos años, la tendencia a identificarse con el papel que desem-

peñan, confundir la propia voluntad con la voluntad de Dios y propiciar la uniformidad más que la unidad. Por su parte, quien esta sometida (o sometido) corre el riesgo de confundir la búsqueda de la voluntad de Dios con el bienestar de la autoridad.

Cernuzio teje su libro con las historias reales—aún con nombres ficticios— de mujeres de todo el mundo, de edades diferentes, que han abandonado la vida religiosa (o están a punto de hacerlo) porque han sufrido *mobbing*, manipulación, extorsión o discriminación. La lectura de cada testimonio impacta y duele. Sin embargo, se trata de una publicación que debemos conocer y valorar. Erradicar cualquier tipo de abuso es urgente para la vida consagrada y para que su manifestación más clara, la comunidad, sea un signo de Reino que ayude a liberar nuestro tiempo a través de vidas también libres porque pueden ser quienes son, dentro de un ambiente cuidado y sano.



SALVATORE CERNUZIO,
CAE EL VELO DEL SILENCIO
SAN PABLO, MADRID 2022, 158 pp.

HIJOS
HERMANOS
PEREGRINOS
CUIDADORES
ADORADORES

SOMOS RELACIÓN SOMOS EN RELACIÓN

Una mirada interdisciplinar
al abanico de relaciones
de la vida consagrada

51ª SEMANA NACIONAL
PARA INSTITUTOS DE
VIDA CONSAGRADA

20-23 | abril
2022



+34 91 540 12 73 | secretaria@itvr.org | itvr.org
presencial y online

EMERGENCIA EN UCRANIA

3 MILLONES DE PERSONAS DESPLAZADAS POR LA GUERRA

Las donaciones recaudadas irán destinadas a la población ucraniana desplazada que los **Misioneros Claretianos** están atendiendo en **Ucrania** y **Polonia** para la **compra de bienes de primera necesidad** como alimentación e higiene, medicinas, ropa y gasolina.

CÓMO COLABORAR

Haciendo una transferencia bancaria:

ES06 0049 0631 9627 1008 3391

o entrando en la web:

fundacionproclade.org



PROCLADE
FUNDACIÓN
ONG PROMOVIDA POR LOS MISIONEROS CLARETIANOS